

Revuelta de Jerez

Horrorosa escena de un combate en las barricadas de Jerez,
Valeriano Domínguez Bécquer- El Museo Universal, 1869



HORROROSA ESCENA DE UN COMBATE EN LAS BARRICADAS DE JEREZ.

Interpelación de Ramón de Cala al Gobierno de España.

Congreso de los Diputados,
2 de abril de 1869

sion; pero si ha de ir para morir en ella ó para que ésta no dé dictámen sobre la misma, S. S. conoce bien que el objeto de la proposicion quedaria defraudado.

No tengo, pues, inconveniente en que vaya á la comision de Presupuestos, siempre que sea á condicion de que ésta dé un dictámen anterior al de los presupuestos con la perentoriedad que exige una medida preventiva, toda vez que es necesario que los ayuntamientos dispongan lo conveniente para el repartimiento y exaccion.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Ministro de la Gubernacion tiene la palabra.

El Sr. Ministro de la **GOBERNACION** (Sagasta): Yo no sé lo que la comision de Presupuestos juzgará de la proposicion presentada y apoyada por el Sr. Baeza; pero cualquiera que sea su opinion sobre la misma, pueden suceder dos cosas: ó que la considere de tan urgente aplicacion que dé dictámen por separado, como lo ha dado acerca del proyecto de ley del empréstito, separándose de sus trabajos generales y segregando esa proposicion para traer á las Cortes el proyecto que se ha votado aquí, ó que la proposicion que se discute siga el curso de los presupuestos generales del Estado, en cuyo caso debe estar tranquilo S. S., porque ese trabajo general ha de ser presentado por la comision de Presupuestos antes de empezar á regir el de 69 á 70, porque precisamente de ese y no de otro es del que la misma va á ocuparse.»

Leida por segunda vez la proposicion de ley, y hecha la pregunta de si se tomaba en consideracion, las Cortes resolvieron afirmativamente, y que pasara á la comision de Presupuestos.

ORDEN DEL DIA.

El Sr. **PRESIDENTE**: Interpelacion del Sr. Cala sobre los sucesos de Andalucía.

Tiene S. S. la palabra para explanar la interpelacion.

El Sr. **CALA**: Con verdadero disgusto me decidí, señores Diputados, á hacer la interpelacion que en este momento tengo la honra de comenzar á explanar, y con el mismo disgusto emprendo el trabajo de la explanacion.

Mi posicion en este asunto es sumamente difícil y trabajosa. Se trata de un suceso tristísimo que ha ocurrido en Jerez. Allí ha habido una lucha cruel entre alguna parte de la poblacion y la fuerza del ejército. En esa lucha se ha derramado mucha sangre, y naturalmente este asunto debe ser de aquellos que pueden llevar el fuego á las ideas y al calor á la palabra.

Por separado, mi situacion particular es todavía más trabajosa. Yo soy de Jerez; allí he nacido; allí tengo mis relaciones, se encuentran mis amigos, mi familia, acaso, acaso algunos de los que lucharon en las barricadas fueran tambien amigos míos, y de seguro si entre ellos no los había, los hay en gran número entre los que están perseguidos y deportados en Ceuta. Véase de qué manera me encuentro en una situacion difícil.

Sin embargo, procuraré prevenirme de toda la mesura que la dignidad de la Asamblea requiere, y hacer mis apreciaciones guiado puramente por aquellos datos que se me presentan de un carácter indubitable. He recibido muchas cartas, en todas ellas se me comunican noticias de grande interés; pero como el suceso fué muy complicado, naturalmente las noticias son tambien algo contradictorias, y sobre todo, no abrazan lo general de los aconteci-

taré, al mencionar algunos de los hechos, á aquellos que á mi entender no ofrezcan la menor duda, sobre todo, aquellos que de cierta manera, más ó menos directa, se encuentran justificados en las mismas comunicaciones oficiales que se han leido en la Cámara.

El objeto de la interpelacion es naturalmente descubrir lo que ha pasado en Jerez. Allí ha habido una lucha, y conviene averiguar quién ha causado esa lucha, quién ha establecido los preliminares que han dado lugar á ella; quién durante la misma se ha portado mejor ó peor entre los combatientes, y por último, quién ha procedido con más ó menos dignidad, con más ó menos mesura despues del combate. Para aclarar, sobre todo, lo sucedido, comunicaré las ideas que yo tengo, las noticias que he recibido. El Gobierno, por su parte, tambien referirá á la Cámara lo que sepa sobre el particular, y de una y de otra cosa espero que pueda deducirse y saberse lo ocurrido allí en toda su extension.

Cuando sobrevienen sucesos de la naturaleza del que tengo que ocuparme, generalmente es bastante difícil averiguar en completo quién tiene la culpa de lo sucedido: ocurre una cosa parecida cuando dos personas tienen una contienda.

Por lo comun suele ésta empezar por encono y enemistades anteriores que importa conocer: sigue por una palabra impremeditada que alguno pronuncia: la respuesta algo dura que el otro le da en la acritud del primero, y así en una série de agravaciones, viene á estallar un momento de conflicto, y cuando se va á averiguar de parte de quién ha estado la razon, difícilmente puede conseguirse, porque alguno se detiene en el segundo momento, y entonces aparece que la culpabilidad está en su lado: otro mira al primero, y ese cree que la culpabilidad está en el otro lado, y es necesario ver el conjunto y sobre todo averiguar el carácter, la condicion, el temperamento y la situacion particular de las personas entre las cuales ha estallado el conflicto.

Pues á semejanza de lo que sucede entre los particulares se realiza tambien en los conflictos del pueblo. Las autoridades por un lado toman determinaciones: esas determinaciones suelen no ser bastante acertadas: el pueblo murmura, la autoridad se disgusta, toma otra medida, el pueblo se disgusta tambien á su vez más, y de paso en paso va progresando el tumulto primero, la asonada despues, y luego desgraciadamente, en muchas ocasiones tambien, el combate y más tarde las persecuciones.

Aunque yo por mi parte he formado un juicio que considero algo acertado respecto á lo que allí ha sucedido, procediendo con el propósito que antes he manifestado de no atenerme más que á lo que me parece indubitable y á lo que se desprende de reflexiones hechas á lo menos con la mejor voluntad de meditacion, creo conveniente, puesto que el conflicto ha estallado entre una parte del pueblo de Jerez por un lado y las autoridades y las fuerzas del Gobierno por otro, creo conveniente, repito, decir algo sobre la índole y la condicion del pueblo donde he nacido, porque en esta Cámara habrá algunos Sres. Diputados que lo conozcan, pero es seguro que no sucede lo mismo al mayor número de mis estimables compañeros.

Luego que hable algo del pueblo de Jerez, tambien referiré, aunque lijaramente, la conducta de las autoridades, y acaso me permitiré hacer algunas observaciones sobre la marcha del Gobierno, aunque procuraré limitarme en ellas, y de este modo habré presentado, en primer término, la índole, el temperamento, la naturaleza, el carácter de aquellos dos elementos adversarios que han reali-

bré arrojado una luz suficiente para que pueda irse penetrando en los sucesos y averiguando la responsabilidad de quien haya dado lugar á ellos.

El pueblo de Jerez, Sres. Diputados, ese pueblo que en gran parte se encuentra en estos instantes en las cárceles y una buena parte de él en los presidios, es un pueblo eminentemente liberal, y esto lo saben todos los que han estado allí, aunque haya sido por cortos momentos. El pueblo de Jerez, á mayor abundamiento, tiene prestados á la revolucion de Setiembre servicios importantísimos. Puede decirse que en gran parte allí se estaba anidando el pensamiento de la revolucion. Los hijos de Jerez fueron los que trabajaron más ardentemente para que se llevara á cabo, y el pueblo todo contribuyó á que triunfara completamente en el país.

Y en este momento recuerdo que el Sr. Ministro de la Guerra, en una de las primeras sesiones de esta Cámara, trajo á la memoria el instante en que entró en la fragata *Zaragoza*, expresando el peligro real que corria con aquel paso y la emocion que experimentó al encontrarse por primera vez á bordo de un buque español despues de tanto tiempo de emigracion. Pues bien, mientras el Sr. Ministro de la Guerra tenia ese recuerdo y lo manifestaba á la Cámara, yo tuve otro que me asalta tambien en este instante. A la misma hora que el Sr. Ministro de la Guerra entró en la fragata *Zaragoza*, una columna de jerezanos, de ese pueblo que ha presenciado lo que todos sabemos hace pocos dias, calladamente, enmedio de la Guardia civil, entre las autoridades de Gonzalez Brabo, iba hácia Cádiz y entraba en esa plaza, cuando aun estaba en poder de la reaccion, para comprometer su vida en la lucha que dentro de pocas horas iba á entablarse. Solamente que aquellos jerezanos, en su mayor parte, eran trabajadores pobres que no aspiraban á recuerdo alguno de la que yo llamo su hazaña.

El pueblo de Jerez envió, pues, al pronunciamiento militar de Cádiz, que luego se convirtió en revolucion nacional, una columna de sus hijos, que entraron de las murallas adentro entre la Guardia civil y las autoridades de Gonzalez Brabo, que estuvieron cerrados en las casas más de veinticuatro horas oyendo los pasos de las patrullas, y estando por consecuencia altamente comprometidos. Invoco esto, señores, como cierto género de demostracion de que el pueblo de Jerez es eminentemente patriótico, de que bien merece algunas consideraciones, y entre ellas la de dirigir el juicio en sentido de creer que no habrá tenido gran culpa en los sucesos que allí se han verificado.

Pero, señores, realizada la revolucion, la misma poblacion quedó en sublevacion completa, y no obstante, desde entonces, desde la revolucion de Setiembre hasta los primeros dias del mes de Enero, es decir, durante cuatro meses, el pueblo de Jerez, eminentemente liberal, eminentemente patriótico y ardoroso, estaba entregado á su sola fuerza, sin Guardia civil, sin carabineros, sin soldados, y sin embargo, señores, se pasaron dias y dias en una calma constante, en una quietud admirable, y demostrando los vecinos una sensatez perfecta, que no dió lugar al menor disturbio ni á la menor reconvenccion.

Y si al referir la parte que tuvo el pueblo de Jerez en los sucesos de Cádiz pudiera decirse que acaso los más patriotas, los más prudentes, los más decididos, fueron los que allí penetraron, el referir este segundo incidente de haberse encontrado el pueblo de Jerez cuatro meses sin fuerza pública, en los momentos de más efervescencia, á raiz de la revolucion, sin haber allí el menor trastorno, es un indicio bastante vehemente para decir que es un pueblo sensato, y para creer, al verlo tomar parte en un con-

flicto, que no le faltaba enteramente la razon al sustentarlo.

Pero, Sres. Diputados, al finalizar el mes de Diciembre, el partido republicano de Jerez cometió una grave falta. Obedeciendo á las inspiraciones de su patriotismo, observando que el Gobierno supremo del país, que debería tener una grandísima influencia en los destinos de la revolucion, era monárquico, que las autoridades superiores de la provincia eran tambien monárquicas, que habia una tendencia monárquica irresistible, pensó el partido republicano de Jerez que prestarian mal servicio en la poblacion un ayuntamiento y un alcalde republicanos, relacionándose como derivacion del poder supremo con los poderes monárquicos; y para evitar conflictos dió una prueba todavia más importante de cordura y de patriotismo, decidiendo elegir un ayuntamiento progresista. Yo creo que el partido republicano se equivocó. En los primeros momentos tuve dudas, luego reprobé el pensamiento; mas no hice muchos esfuerzos porque de él se desistiera, quizá porque era generoso y queria que mi pueblo tuviera la honra de haberlo concebido, aunque la desgracia, segun ahora veo, de haberlo realizado. Tuvo, pues, el partido republicano de Jerez la triste ocurrencia de elegir un ayuntamiento progresista; y cuando todo allí habia sido paz hasta aquella hora, sin que hubiera habido el menor tumulto ni trastorno, cuando habia una fraternidad entrañable entre todos los del pueblo, desde que el ayuntamiento progresista entró en la casa consistorial, comenzó la discordia, comenzó la guerra sorda, comenzó la lucha; discordia, guerra y lucha que han llegado al extremo sensible de estallar en trastornos en estos dias. No quiero culpar aquí al ayuntamiento progresista, que se compone de personas que aprecio en su mayor parte, de algunas á las que conozco, y de algunas tambien con las que no tengo lazo de ningun género. Creo, además, que de lo que pueda haber sucedido no es responsable el ayuntamiento progresista en masa. Creo que en su mayor número se compone de buenos patriotas; pero desgraciadamente, á la persona que por la ley puede y debe ejercer más influencia en la direccion de los negocios municipales, aunque no pueda ni deba en este instante acusarle de falta de patriotismo, tengo necesidad de acusarle de poca cordura. Así sucedió que al arranque de abnegacion que tuvo el partido republicano en los últimos dias de Diciembre, eligiendo nada menos que un ayuntamiento progresista, se respondió de la manera que voy á indicar brevemente.

En Jerez habia una guardia municipal, formada en su mayor parte de esos de quienes he hablado que concurrieron al movimiento de Cádiz y que se habian portado admirablemente. Pues bien: esa guardia municipal inmediatamente fué despedida y reemplazada: ¿por quién dirán los Sres. Diputados? Por la guardia que habia en tiempo de Gonzalez Brabo, que además de ser odiada por ser instrumento de la tirania entonces existente, lo era por su conducta particular antes que estallara la revolucion. La guardia municipal de Jerez, repito, fué reemplazada de repente por la guardia de Gonzalez Brabo.

Pocos dias antes se habia desarmado á la Milicia nacional con la promesa, más ó menos directa, los grados no los puedo indicar porque no asistí á ninguna de esas conferencias, de que seria armada inmediatamente, porque el desarme fué injustificado, porque no podia fundarse en ninguna medida de orden, puesto que ningun desorden habia ocurrido en Jerez.

Desarmada la Milicia nacional, con la promesa, repito, de que seria reorganizada inmediatamente, no se cum-

plió la promesa y hasta se llevó el armamento fuera de Jerez.

Se substituyó esa guardia ciudadana con otra de ciertos vecinos asalariados, á los cuales pagaba un sueldo el ayuntamiento popular, y que todos los dias y á todas horas recorría las calles con la carabina á la espalda.

Pero no quedó aquí: habia en Jerez tres clubs abiertos; en ellos se reunían los partidos republicano y progresista á discutir de la cosa pública: algunas personas, naturalmente las más influyentes del partido republicano, asistían á las reuniones en esos clubs, predicaban sus doctrinas y aconsejaban prudencia y cordura con la esperanza de conseguir la libertad que no se conocía aun en aquel momento. Pues bien: estos clubs, cuyo principal objeto era tener en contacto á la gente pensadora con la gente que piensa menos, fueron cerrados inmediatamente y el derecho de reunion fué falseado, porque se prohibieron las reuniones en los locales públicos, de los cuales la autoridad se apoderó sin necesitarlos en el momento para nada. De manera que, una vez cerrados los clubs, ya tenemos con esto un ataque, no solo al partido republicano, sino al partido progresista, pues que una parte de él se reunía en uno de ellos con los republicanos: es decir, que se dictaron nuevas medidas de represión pública, allí donde no hacia falta ninguna represión.

A la hora del movimiento de Setiembre en Jerez ocurrió un suceso desgraciado. Habia fuerza de la Guardia civil en el pueblo, y, ó por una mala inteligencia de la fuerza de la Guardia civil, ó por una mala inteligencia del vecindario, cuando salió á la calle, en plena sublevación, ocurrieron conflictos entre la fuerza de la Guardia civil y el pueblo, conflictos en que se atravesaron algunas balas, y que mediante la prudencia de algunas personas de la población pudieron conjurarse.

La Guardia civil salió de Jerez; pero el resultado de este conflicto fué que la población tuviera enemistades con la Guardia civil, y que llevara á mal su presencia en la población.

Por esto las autoridades superiores de la provincia y las locales de Jerez habian cuidado de que en los primeros momentos, cuando estaba en más efervescencia y más dominado ese pueblo por la idea de la revolucion que se acababa de realizar, no fuera la Guardia civil, para evitar un conflicto. Esto no obstante, tuvo la mala ventura, el mal acuerdo, al dia siguiente de constituirse el nuevo ayuntamiento, de que llamara á la Guardia civil á Jerez, y no en el número de guardias que corresponde á aquella localidad en estado normal, sino en número superior, y de tal manera, que como no cabían en los cuarteles, tuvo que alojarse en las casas. De aquí el escándalo que hubo de ocurrir en la población al ver á la Guardia civil en las casas, lo que no sucede sino cuando van en son de guerra; y esta circunstancia, que parece de menor cuantía, agregada á otra circunstancia bien importante, bastó para la preparacion de la opinion.

Este era el estado de la población á consecuencia de haber entrado el ayuntamiento progresista, siendo lo natural que excitada por tales absurdos la opinion pública, hubiera un disgusto constante, que todos se encontraran hostilizados, que se notara, en fin, esa agitacion, resultado de un malestar debido á la conducta y manejo de las autoridades.

Sin embargo, se llevaba allí todo con paciencia y no hubo la menor agitacion en mucho tiempo, á pesar de que á todo esto se agregaban hechos de la mayor trascendencia, que pasaré á indicar.

Hubo cierta noche una reunion pacífica, de la cual ni

siquiera se enteró el vecindario, reunion que se celebró á pesar de que la autoridad negaba completamente el derecho de reunirse en los clubs. Pues bien: de esta reunion se tomó pretexto, primero, para prender á treinta ó cuarenta personas, para tenerlas en la cárcel durante muchos dias, donde muchas (salvo algunas que se excarcelaron por no resultar cargos contra ellas), se encuentran en este momento.

Hubo más: hasta personas que intentaron asistir á la reunion aunque no lo hicieron, y procuraron inculcar que podia ser mal interpretada, puesto que la autoridad manifestaba el deseo de que no las hubiera de ninguna clase, hasta esas mismas personas, digo, fueron presas de una manera inusitada, y habiendo alguna de las que padecieron esos atropellos que se encuentra en este momento en los bancos de la izquierda. Pues bien, presa esa persona y otras muchas, al primero particularmente, no le soltaron del calabozo sino moribundo, habiendo estado en peligro su vida durante muchos dias.

Además, como segun he dicho antes, esa especie de guardia, que no sé cómo nombrarla, que se llamó de asalariados, estaba corriendo incesantemente las calles todos los dias y á todas horas, no en momentos de agitacion, sino en todos los momentos, con las carabinas á la espalda; cuando habia el menor ruido la carabina estaba en mano, y ó se reunían en grupos, ó se encerraban en las casas para ver pasar la gente. Esto lo hacían en los centros donde estaban los republicanos, y dió ocasion á un suceso funesto. Un dia, en la tienda que llaman de la Victoria, ocurrió lo que siempre ocurre entre bebedores, que dos ó tres se calentaron con el vino, riñeron y se salieron de la tienda; habia enfrente cinco ó seis de esa guardia, se echaron la carabina á la cara, y dispararon sobre ellos, sobre los montañeses, y sobre cuantos estaban allí, hiriendo y causando la muerte á algunas personas, sin que hubiera motivo para ello. Pues bien; cuando parecia natural que se formase proceso sobre este acontecimiento, y que se viera tendido lo patente del delito, por qué se habia matado á aquellos hombres, ¿sabeis, Sres. Diputados, lo que se hizo? Se dijo: «aquí ha habido tumulto, por consiguiente, á prender á la gente; ¿y á quién se prendió? A los republicanos. Y empezaron á prenderlos, y prendieron á muchos que estaban en el campo, no en la calle, en aquellos momentos. Pero nótese esta irregularidad; podría ser dudoso que hubiera tumulto, que no lo hubo, fuera del natural tumulto que se forma en las tabernas; mas lo indudable es que se habia cometido el crimen de homicidio y heridas, sin que sobre esto se dijera una palabra, ni siquiera lo bastante para exculpar á los que lo habian hecho: tan solo se habló del tumulto, atribuyéndolo á los republicanos.

Pues bien, esta era la situacion del pueblo de Jerez, esta la situacion del partido republicano cuando ocurrieron los sucesos que motivan mi interpelacion.

Ahora bien, para buscar la responsabilidad que puede haber cabido en estos sucesos, ya tenemos algunos preliminares. Primero, el patriotismo del pueblo de Jerez demostrado; segundo, su templanza, su prudencia demostrada por muchos modos, y tercero una conducta tortuosa por parte de la primera autoridad de la población, que yo no diré mal intencionada, pero que por lo menos calificaré de imprudente, pues fuera el motivo una cosa ú otra, desde luego envuelve el éxito que habia de tener esa conducta.

Y al inquirir de parte de quién está la responsabilidad de estos sucesos, voy á permitirme (y aquí entra mi gran temor porque parece que envuelve alguna acusacion),

me voy á permitir indicar de quién es la culpa y á quién cabe la responsabilidad.

En primer término, Sres. Diputados, creo responsable hoy al Poder ejecutivo, antes Gobierno provisional; y puesto que son la misma cosa, bastará decir al Poder ejecutivo. En segundo lugar, creo responsable á la autoridad de Jerez, y en tercer lugar, todavía podré dejar un átomo de responsabilidad á los que se batieron en las barricadas, un átomo meramente, aquella parte de responsabilidad que cabe á personas que no son excesivamente prudentes, que no llevan la prudencia hasta el heroísmo de sufrir los ultrajes y callar cuando conviene, y como creo que debieron haberlo hecho, pues, yo estoy contra las soluciones de fuerza; yo creo que la razón se ha de realizar por medio del raciocinio, y que el derecho no tiene otros elementos que los que le ha de prestar la personalidad humana. Creyendo esto, y creyendo por lo tanto que debieron haber llevado hasta el extremo su paciencia, creo que cuando menos debe disculparseles de los excesos que allí pudieran cometerse.

No trataré aquí de probar de un modo ámplio la parte de responsabilidad que en aquellos sucesos pueda haber al Poder ejecutivo. Sería preciso para ello que me remontara á examinar todos los actos del Gobierno provisional, representante de la revolución de Setiembre, y que me propusiera examinarlos para demostrar claramente que el Gobierno provisional no ha entendido la revolución de Setiembre ó no ha querido realizarla.

Y como esto está fuera de mi propósito, y más particularmente porque había de tratarse en una interpelación sobre los sucesos generales de Andalucía, donde cabe más de lleno este género de consideraciones, me limitaré solamente á hacer una especie de resumen de la conducta que á mi entender ha seguido el Gobierno provisional desde el instante en que la revolución estalló.

Yo creo que en las revoluciones sucede una cosa parecida á lo que acontece á los cuerpos cuando se ponen en movimiento. Una revolución es un movimiento, y un movimiento siempre fundado en un retroceso anterior. Pues bien, así como los cuerpos materialmente se ponen en movimiento á consecuencia de un retroceso anterior para venir á su centro de gravedad racional; así como evidentemente el movimiento de un cuerpo que va á su centro de gravedad se eleva á una altura igual á aquella de que partió, viniendo después el retroceso natural, así las revoluciones, que son movimientos de la humanidad y que obedecen á las leyes eternas del movimiento, porque las leyes de la naturaleza afectan tanto al mundo intelectual, al mundo moral, como al material; de tal modo, que la atracción que rije el movimiento de los astros obra sobre el movimiento de las afecciones del ánimo, por lo que el hombre, cuando se pone en movimiento, obedece á leyes análogas á aquellas á que obedecen los demás cuerpos.

Pues bien, las revoluciones se realizan por esta razón partiendo de un centro de retroceso y de un empuje para alcanzar el punto céntrico. Pero al estallar este movimiento, naturalmente tienen que pasar de ese centro y volver después á colocarse en su verdadero centro. Y de tal condición son las revoluciones, que es absolutamente preciso el dejarlas hacer ese movimiento natural; porque si no, se desconciertan y extravían, y les pasa lo que pasa á esos cuerpos que dejan de tener el movimiento natural, si se les presentan obstáculos y sobreviene un golpe.

Esto supuesto, debo decir que el Gobierno provisional no reconocía la teoría de la revolución. El Gobierno provisional creía que era posible llevar marcado un punto, que era posible fijar al cuerpo el movimiento hasta donde

había de llegar, creyendo que al caer podía afirmarse en aquel sitio y resistir al movimiento natural.

Consecuencia de esto fué que desde el instante en que se verificó la revolución, empezó la resistencia, sucediendo lo que sucede al cuerpo que estando en movimiento se le interpone un obstáculo, habiendo choque ó rotura. Así sucedió al Gobierno: el Gobierno encontró detrás el abismo de la reacción, y delante de sí una distancia considerable que le separaba de todos aquellos que habían entendido bien las leyes eternas que presiden á los movimientos revolucionarios.

Solamente que el Gobierno pudo acortar esa distancia ó al menos llenarla para dar posibilidad de atravesarla á unos y á otros; pero el Gobierno no obró de esa manera: por eso se encuentra ahora en el fondo de ese abismo por donde corren torrentes de sangre.

Véase de qué manera el Gobierno provisional, no interpretando bien la revolución, no sabiendo los medios de llevarla á cabo, tuvo que hacerse sospechoso á todos los que interpretaban la revolución de esta manera. Y como después de hacerse sospechoso viene la duda, y como con la duda viene la falta de fé, no es extraño que no se sepa el móvil que ha producido aquel extravío.

De modo, que considerando esto, yo creo que el Gobierno, por no haber comprendido el movimiento revolucionario, era acusado con razón por la opinión pública, que al acusarle no lo hacía por su falta de conocimiento, sino por su falta de voluntad para conocerlo. De esta manera, la opinión, poniéndose contra el Gobierno, y el Gobierno queriendo llevarla por su camino, surgieron los gérmenes de todas las luchas que han estallado hasta ahora, y lo que creo es más de lamentar, las desgracias que puedan venir en adelante.

Esta ha sido la conducta general del Gobierno provisional, conducta que yo demostraría analizando todos sus actos; pero he dicho que prescindo y que no me ocuparé de ello.

Mas en estos últimos días, y para venir acercándonos á los sucesos de Jerez, ha intervenido otra circunstancia de parte del Gobierno, circunstancia que merece alegarse. Hablo de la quinta.

La manera como se ha presentado en la Asamblea la cuestión de las quintas, ha hecho que el país tenga desconfianza de lo que se vaya á hacer en adelante en este particular. En efecto, al ver que por una vez se ha pedido la quinta fundada en razones de conveniencia ó de necesidad, se ha levantado el natural temor de que se pida otra vez, y cien veces más, por esa misma razón de conveniencia y de necesidad. Y hablo aquí de las quintas, porque precisamente un incidente de quintas fué lo que promovió en Jerez el principio del disgusto.

En la sesión de antes de ayer no tuve el gusto de oír al Sr. Presidente del Poder ejecutivo; sin embargo, he leído sus palabras en el *Extracto* de la sesión. Clamó S. S. porque desde estos bancos se había dicho que el soldado era un esclavo, y dijo que el decirse cosas semejantes no lo juzgaba conveniente, porque no era cierto.

Yo no defenderé que el soldado sea un esclavo, no lo defenderé, porque esa palabra tiene ya una significación muy ámplia; pero lo que sí sostendré es que el soldado ni es un ciudadano, ni un hombre libre; y lo que sea un español que no es ciudadano, que no es libre, dejo al buen criterio de la Asamblea decidir si será ó no un esclavo.

Precisamente la idea de quintas y la idea de servidumbre, si se dirige una ojeada histórica, vienen á juntarse. Primeramente, Sres. Diputados, los ejércitos se han

nutrido durante mucho tiempo con esclavos. En la Edad Media se modificó la esclavitud convirtiendo á los esclavos en siervos, y haciéndolos siervos del terruño; pero iban á la horca del señor feudal, iban á la bandera del señor feudal, esto es, iban, no solo á la horca, sino al ejército.

Más tarde, cuando la aristocracia fué disminuyendo su valor, se formaban los ejércitos permanentes por medio de las levás. La leva era arbitraria, y se encaminaba generalmente contra los malhechores; de modo que con ellas se poblaban los buques y los ejércitos. Mas pareciendo esto último inconveniente, porque se formaban de este modo ejércitos de bandidos, se recurrió á las quintas.

Y yo pregunto: la quinta, que empieza por un lance de suerte de la personalidad humana, que sigue con que un hombre tiene contra su voluntad que dejar su familia, que dejar su hogar, que ir á su bandera contra su voluntad, que someterse al imperioso mando de personas que le hablan con una regla rigurosa mandándole ir á la muerte y disponiendo de su persona, pregunto: el hombre sometido á esto ¿es un ciudadano libre? Si se me dice que no, tendré una razón para declararle por lo menos el siervo de los tiempos presentes; no ya el siervo del terruño, ni el siervo de la antigua Roma, pero sí el siervo del siglo XIX, y ahora por desgracia el de la revolución de Setiembre.

Pues bien, sobre la circunstancia de pedirse la quinta, que en general producía ya una dificultad, que, á su vez, era causa de un disgusto general en el país; sobre esta circunstancia, y en los momentos en que tuvieron lugar los sucesos de Jerez, ocurrió además otra, la de que se pedía una quinta con la cláusula de *por esta vez*, y sin presentarse, Sres. Diputados, los derechos de la quinta contra los derechos de su abolición; pues ciertamente, yo respetaría la opinión del que dijera que era preciso hacer las quintas para que haya ejércitos, contra la de otro que sostuviera que no hacían falta las quintas, porque al fin esto sería una idea frente de otra idea; pero cuando se pide una quinta con la cláusula de que se puede redimir el servicio de las armas mediante cierta cantidad, entonces se viene á demostrar que no hacen falta soldados, sino que lo que se necesita es dinero; de consiguiente, ya la cuestión no es de quintas, sino de dinero; cuestión es ésta que viene á plantearse entonces en términos muy propios para producir la irritabilidad, puesto que equivale á decir: «necesito 100 millones, 200 millones, y ese dinero lo impongo sobre la mayor de las servidumbres.» De manera que viene á ser la redención de la servidumbre. Véase cómo la manera de pedir la quinta debió producir disgustos al pueblo de Jerez, como lo produjo en todo el país.

Pues bien, Sres. Diputados; en tal situación se encontraba el pueblo de Jerez cuando se fijó el bando sobre la quinta. Yo llamo la atención de la Asamblea para que recuerde todos los detalles que antes he indicado, y para que después de recordarlos decida si en efecto había algún motivo para dar cuando menos alguna disculpa á la agitación. En este punto, Sres. Diputados, me he de permitir algunas consideraciones relativas al derecho de insurrección.

Todos los que nos encontramos en esta Asamblea, incluyendo al Poder ejecutivo, declaran que el derecho de insurrección es legítimo, pero que es legítimo dadas ciertas condiciones. Por lo general suele suceder que la legitimidad del movimiento insurreccional se declara *a posteriori*, y que al hacerse esa declaración, se sigue la regla

de la conveniencia, de tal modo, que no tiene razón el que fué derrotado, y es un héroe el que quedó victorioso. Pero dejando aparte este criterio, que se aplica para deslindar el punto en que es legítimo el derecho de insurrección (porque yo reconozco que este punto es difícil de señalar, y que depende de las circunstancias especiales en que el país, el pueblo ó las personas se pueden encontrar), debo decir, sin embargo, que cuando se trata de una insurrección general, hay un criterio constante, y la conciencia declara quién ha tenido y quién no ha tenido razón. En este sentido voy á dirigir mis observaciones á la Asamblea Constituyente.

La insurrección de un país se realiza por la insurrección de los pueblos que componen aquel país, y la de los pueblos se lleva á cabo por la insurrección de sus moradores; de manera que viene á constituir la sublevación de un país, la sublevación de sus individuos, y por lo tanto, aquellas reglas que racionalmente deben llevar á un individuo particular, á un ciudadano, á sublevarse contra la fuerza, esas mismas reglas son aplicables á los pueblos cuando tratan de insurreccionarse; porque si el país se subleva por los pueblos y el pueblo por los individuos, del mismo modo, por este orden de consideraciones, aquellos motivos que sean suficientes para llevar un país á sublevarse, esos mismos motivos serán justos para que un pueblo se subleve, y á la vez también para que un individuo se subleve.

Y pregunto yo á la Asamblea y también al Poder ejecutivo: si el Gobierno provisional antes, si el Poder ejecutivo hoy, hubiera en toda España establecido leyes prohibitivas del derecho de reunión, cerrando todos los clubs; si el Poder ejecutivo hubiera separado la fuerza ciudadana y la hubiese sustituido con fuerza mercenaria; si el Poder ejecutivo hubiera suprimido toda la fuerza pública, todo el ejército y salvaguardias, y los hubiese reemplazado con la guardia veterana de Gonzalez Brabo; si el Poder ejecutivo hubiera hecho uso de toda esta fuerza en toda España, y hubiese ido corriendo por las calles descargando al menor ruido sobre los que estaban á la vista; si hubiera hecho esto el Poder ejecutivo, pregunto yo, ¿creería el Poder ejecutivo que el país tenía derecho á insurreccionarse? Creo que sí, porque eso era volver á los tiempos pasados, después de haber excitado los sentimientos de libertad.

Pues si eso mismo que hubiera hecho el Poder ejecutivo hubiera servido para producir la sublevación, si eso mismo ocurría en Jerez, ¿no podría servir siquiera de disculpa, no para autorizar la sublevación, que, como he dicho antes, yo no la autorizo, pero á lo menos ¿no podría servir de disculpa para amenguar la influencia del tumulto? Yo creo, Sres. Diputados, que sí: y con este criterio ya queda casi disculpado el movimiento de Jerez.

Pero debemos entrar á examinar lo que allí ha sucedido, y sobre esto llamo la atención de los Sres. Diputados, y mas particularmente del Poder ejecutivo, porque puede acontecer que lo ignore por completo.

El pueblo estaba en calma, en calma perfecta; sin embargo de que por todas las razones que he dicho antes, debería acaso encontrarse agitado, el pueblo se encontraba en calma. Por la madrugada, ó por la noche, se fijaron en las esquinas los bandos sobre las quintas: á las ocho, las nueve ó las diez de la mañana casi nadie se había apercibido de aquel suceso. Un muchacho, sin embargo, hubo de verlo, y arrancó un bando que estaba fijado en la esquina de la plaza de la Constitución: lo arrancó, yo no sé si porque era el bando sobre las quintas ó porque era un papel pegado en una esquina, porque es sabido que

los papeles en las esquinas duran poco. Sin embargo, yo acepto cualquiera de las dos versiones; acepto la más perjudicial á mi causa, la de que lo arrancó porque era el bando sobre las quintas.

Pasaba esto, como he dicho, en la esquina de la plaza de la Constitución de Jerez: allí es donde se reúne á pasear la gente; allí concurren los desocupados y además es el punto de reunión de los trabajadores; de tal modo, que no hay momento en el día en que falten de ella 1.000, 1.500 ó 2.000 personas. Pues bien: el muchacho arrancó el bando que estaba en la esquina; y ante toda esta gente, los agentes de la autoridad, no sé si por orden de la autoridad misma, prendieron al muchacho y lo llevaron á la casilla; es decir, que debiendo suponerse que había disgusto en la población, se hizo lo que no se hubiera hecho en situación normal. Porque un muchacho arranca un papel que está pegado en una esquina, aunque sea un bando, no se le prende; sin embargo, se le prendió, y se le prendió en la plaza, á la vista de todo el mundo, lo que no se hubiera hecho en un extremo retirado de la población: la fuerza pública prendió al muchacho á la vista de todo el mundo, y se lo llevó á la casilla.

Yo creo que atendida la situación, atendido el estado en que la población se hallaba, como antes he dicho, y este suceso parecerá cuando menos racional, produjo disgusto entre los asistentes, porque era circunstancia de la cual no se podía culpar gravísimamente á nadie. Pero el disgusto estalló: los presentes hicieron observaciones á los guardias que prendían al muchacho: los guardias respondieron mal, continuaron con el chico y lo llevaron á la casilla: la gente siguió detrás diciendo que no era justo, que no había hecho más que arrancar un papel y que por este motivo no debía prendersele; pero no hicieron caso, y después que le encerraron en la casilla, los guardias se presentaron ante los que reclamaban, en actitud agresiva y con las armas en la mano.

Véase, pues, este primer suceso, porque ahora (y llamo la atención de la Asamblea, para que considere que los sucesos de Jerez tuvieron dos momentos distintos: uno por ciertos móviles, y otro por otros móviles distintos, y conviene separar los unos de los otros) estoy narrando el primer momento.

El hecho de arrancar el muchacho el papel de la esquina de la plaza de la Constitución de Jerez no significa nada de importancia; y si algo significa, es una falta leve que corrigen los alcaldes gubernativamente, y con arreglo al Código, en juicio de faltas. Pues en lugar de hacerse esto en la situación en que se hallaba el pueblo, en lugar de hacerse esto, se prendió al muchacho y se le encerró; y á las reclamaciones de los que estaban allí, y acaso ya con voz algo levantada, observando que no debía obrarse de aquel modo, se respondió echando mano á las armas y amenazando.

La gente, según me han dicho algunos, (y llamo sobre esto la atención de la Cámara) algunos me han dicho que la fuerza pública esgrimió las armas, y hasta que hirió á uno; esto me lo han dicho algunos de allí, no todos me lo han asegurado; de todos modos, repito que aunque tengo muchos datos, no me valdré más que de los que me merezcan entero crédito; pues bien, las gentes al ver que no se les permitía reunirse en aquel lugar, salieron de él y se fueron á las estremidades de la población á dar la noticia. Y ya se sabe lo que significa una noticia cuando tiene que pasar por varias personas; siempre hay tendencia á desfigurarla, y con más razón cuando es una noticia que altera el ánimo, porque esto mismo hace que se produzca la modificación. A consecuencia de esto, á los estre-

mos de la población llegó la noticia de que se había preso á una porción de muchachos, que á los que fueron á hacer observaciones sobre aquel proceder se les había atacado y herido: «ya vienen los hombres de la fuerza, se decía, ya vienen los de Gozalez Brabo; nos van á asaltar las casas.» Y la gente se arremolinó y se agitó, y este fué el primer momento.

Ya agitada la población, el comité republicano, con noticias de lo que pasaba, salió á la calle: salieron también algunos concejales y se extendieron por la población, sosegando á la gente que estaba en tumulto: y por cierto que consiguieron perfectamente bien su objeto. El tumulto se apaciguó, cedió por completo, y por más que el señor Presidente del Poder ejecutivo me está haciendo señas de que no concluyó á sabor... (*El Sr. Presidente del Poder ejecutivo, Duque de la Torre: Perdón V. S., no me refiero á V. S.*) Entonces lo siento.

El tumulto se sosegó; pero hasta para este primer momento hubo alguna circunstancia que demuestra que no solo hubo la voluntad del comité republicano, sino las buenas disposiciones del pueblo. A la noticia de que por el barrio de San Miguel había gente agitada y en tumulto, la autoridad dispuso que se reuniera la fuerza del ejército, y que esa fuerza se repartiera por algunos puntos. Por de pronto esto ya parece una extraña manera de disipar los movimientos públicos, porque la mera exhibición de la fuerza parece que dá pábulo al disgusto y puede producir el conflicto que se trata de evitar.

Pues bien: esta fuerza fué al barrio de San Miguel: el barrio de San Miguel estaba lleno de gente, pero en actitud casi pacífica: agitada, mas sin acometer. Y la prueba de que estaba en actitud pacífica, es que esa fuerza estuvo allí ocupando dos ó tres calles, y en todo ese tiempo no hubo un tiro, no hubo una acometida ni de una ni de otra parte. Si hubiera estado en otra disposición, no hubiera sucedido de esta manera; pero como allí cundía la idea de que habían acuchillado á los que estaban en la plaza y de que á eso mismo iban al barrio de San Miguel, el pueblo (y sobre esto llamo la atención de la Asamblea), el pueblo lo que procuró fué que la tropa no pudiera dañarle, y empezó hacer barricadas, lo cual podía significar una resistencia contra una agresión, no una acometida; el pueblo procuraba de ese modo que no le dañara la fuerza del ejército que ocupaba dos ó tres calles, y para eso empezó á hacer barricadas en torno del ejército; de modo que al cabo de poco tiempo realmente estaba esa fuerza algo comprometida si la lucha estallaba; pero en aquel momento no había estallado: mas en el mismo instante llegó á aquel lugar de la población el comité republicano, el que, en unión con las autoridades y con mi particular amigo el Sr. Paul, que está á mi lado, se ocuparon en sosegar la gente que se había reunido en los alrededores donde se hallaba la fuerza del ejército. Hablaron al pueblo, y le dijeron que dejara salir á la tropa del lugar donde se encontraba, y en efecto, así se verificó, y el mismo pueblo abrió huecos en las barricadas para que la tropa saliese y las masas se dispersaron por la ciudad, quedando todo tranquilo. Esta es la primera parte de aquellos sucesos. Creo que los Sres. Diputados no dudarán de que sucediera de esta manera; pero yo por satisfacerme, aunque pudiera valerme de otra porción de detalles que confirman lo que he dicho, porque no quiero pasar de los límites que me he propuesto en esta relación, solo diré que uno de los telegramas que llegaron aquí á primera hora, viene á confirmar todo lo que acabo yo de expresar. Decía el gobernador al Ministro de la Gobernación á las tres y veinte minutos de la tarde del día 17;

«Acabo de tener noticias de que en Jerez se restablece el orden, habiendo abandonado las barricadas.»

De modo que, según el mismo gobernador, las barricadas fueron abandonadas.

En otro despacho de las cuatro y treinta, del capitán general, se dice:

«A los consejos de individuos del ayuntamiento de Jerez y exhortaciones de algunos particulares (aquí le pesaba la mano al capitán general para decir que eran del comité republicano), como á la actitud de las tropas, se ha debido que los amotinados se retiren sin romper el fuego.»

De modo, que á las tres y media de la tarde las barricadas estaban completamente abandonadas y sin haberse roto el fuego; y esto se debió á las exhortaciones de los individuos del ayuntamiento de Jerez y del comité republicano, y de otros republicanos. Pues bien: llamo la atención de la Cámara para que, prosiguiendo la demostración que indiqué al principio de que el pueblo de Jerez es naturalmente sensato, se fije en la circunstancia que indican las noticias que se me han comunicado y que confirman particularmente los telégramas que he leído. La circunstancia de que habiendo salido el pueblo á la calle y hallándose los ánimos alterados, sin embargo, á las exhortaciones y advertencias de la autoridad y de los demás individuos á que me he referido, el pueblo se retiró á sus casas, abandonó las barricadas, todo quedó en calma y desapareció el temor. Pues bien, señores, una población que se porta de esta manera, prueba que es una población sensata; porque si es difícil que un individuo, un pueblo, un país, reciba una ofensa sin tratar de vengarla, mas difícil es que cuando ese pueblo se ha lanzado á lo que cree justa reparación, desista de su propósito. Esto da prueba de una cordura extremada, y creo que esto debe servir para juzgar los sucesos posteriores.

El pueblo de Jerez quedó tranquilo desde las tres de la tarde. ¿Y qué parece natural que se hiciera en esta situación? ¿Qué parece natural que las autoridades hiciesen? Lo natural parece que, puesto que todo estaba tranquilo, no se hiciera cosa alguna; y si había un resto, algún individuo rezagado por la calle, se le dejara, porque un pueblo que se había retirado voluntariamente no podía ser tratado como si hubiera apelado á la agresión; y con este recuerdo lo acaecido á las puertas de esta Cámara cuando se trataba de una manifestación que por su duración se hizo inconveniente y que era contra la representación del poder legítimo del país y en el momento en que estaba deliberando; sin embargo, no se recurrió á los medios represivos, y la Asamblea tuvo la prudencia, que yo nunca cesaré de aplaudir, de estar oyendo gritar á las puertas cuatro ó cinco horas sin tomar ninguna determinación agresiva.

Esto se hace así en movimientos de esta naturaleza y siempre se consiguen buenos resultados; pero cuando no se obra con prudencia, otras son las consecuencias, y es responsable de ellas quien no obra como debe.

Cuando todo estaba tranquilo y toda la gente se había dispersado y no había nadie en las barricadas, se le ocurrió al jefe de la fuerza militar, al alcalde, ó no sé á quién, el poner en movimiento á la guardia jerezana, á la guardia asalariada, á los guardias civiles, á los carabineros y á un batallón que había en aquel momento en la población, haciéndoles recorrer las calles de Jerez en son de guerra, pasar por las barricadas y hacer este paseo triunfal. Y yo pregunto: ¿fue esto prudente en el estado en que se hallaba la población? Pues haciéndolo así, estoy seguro que fue fácil que aquellas fuerzas tropezaran con

algun paisano rezagado, que le amenazaran con las armas y que resultara de aquí un conflicto; que tras de aquel encontraran otro, y ya eran dos; que luego se hallaran con otro, y ya eran tres, y juntándose así unos con otros, resultara, por fin, la lucha que vino de esta manera provocada. Seguro estoy de que eso sucedió.

Y también estoy seguro de que un pueblo que se había conducido hasta entonces como lo había hecho el de Jerez, no puede ser culpado por lo que luego ocurrió, y de lo que otros fueron los responsables, porque la autoridad debe ser previsora, debe obrar con prudencia, y entonces pone á cubierto su responsabilidad; pero si no se conduce así, si la falta el tacto, entonces no es á las masas á quienes debe culparse. A última hora, cuando la sangre se ha vertido y se ha calentado el pueblo, como se calienta el individuo, apelando á los medios extremos de resistencia, entonces ya no se puede culpar á nadie sino al que ha provocado al pueblo por su falta de prudencia y de tacto. Y esto se halla comprobado en el despacho telegráfico que he leído, cuando dice:

«A los consejos del ayuntamiento de Jerez y exhortaciones de algunos particulares, como á la actitud de las tropas, se ha debido que los amotinados se retiren sin romper el fuego.»

Y en seguida añade:

«El comandante militar me participa que con la fuerza de su mando ha pasado por las barricadas y se ha retirado al cuartel, donde permanece por si ocurre otra novedad.»

Aquí confiesa muy lacónicamente el despacho telegráfico lo que yo he manifestado según las noticias que he adquirido; esto es, el paseo agresivo y triunfal que se hizo dar á la tropa en el momento mismo en que el pueblo acababa de retirarse á sus casas, y sin cuyo paseo no se hubiese provocado la resistencia de uno ó dos individuos primero, y luego no hubiese venido la resistencia general que siguió á esas resistencias aisladas, porque de seguro no hubiera ocurrido lo que después acaeció, sin ese paseo, tratándose de un pueblo que había dado pruebas de una gran sensatez.

Y con esto queda perfectamente analizado todo lo relativo á los sucesos anteriores á la lucha; y queda probado también que por una parte el Poder ejecutivo con su extraviada marcha política, y por otra las autoridades de Jerez por no meditar bien lo que hacían, sin que quiera culparlas, provocaron el sentimiento del pueblo, y este obró de un modo natural, y no diré legítimo, porque es contra mi naturaleza, porque no reconozco el medio de fuerza como legítimo casi nunca; pero sí diré que ocurrió eso como preliminar para disculpar, ya que no legitimar, lo que siguió, y que creo no hubiese ocurrido si se hubiese empleado más prudencia y templanza.

Ahora voy á hablar de lo que sucedió después. En este punto procuraré ser breve; las ideas tendrían que ser demasiado ardorosas, las palabras muy calientes. Procuraré alejar aquellas no pronunciar estas, y limitarme á algunas indicaciones.

Sobre las fuerzas que fueron á Jerez para reforzar el batallón que se hallaba allí de guarnición, se contó con un batallón numeroso, que me parece se nombra de Reus, y que se componía de personas que debían ir á Ultramar: se mandaron de 1.300 á 1.400 hombres de esa fuerza, de ese batallón de Reus; y yo debo decir que según los datos que se me han facilitado, la fuerza toda del ejército se portó bien, menos la fuerza de ese batallón: de modo que todo lo que aquí diga no se entienda con la fuerza del ejército, sino con el batallón de Reus, si así se llama.

El pueblo estuvo desde la tarde del 17 y todo el día 18 posesionado enteramente de la población, y la fuerza del ejército estuvo reconcentrada en la plaza de la Constitución esperando los refuerzos que debían llegar de Cádiz y Sevilla, y durante ese tiempo los sublevados no cometieron el menor desmán, el menor atropello y todo pasó en la mayor calma, si se exceptúa ese estado de agitación y de efervescencia que se nota en los momentos que preceden á toda lucha; pero por lo demás, yo no tengo noticia de que se cometiera ninguna tropelia, ningún robo, ni cosa alguna censurable en todo el tiempo que el pueblo estuvo hecho cargo de la población.

Mas al día siguiente estalla la lucha, y aquí será breve: la manera como se realizó esta lucha no debe decirse: fué una lucha cruel, en que los soldados entraban en las casas y daban de bayonetazos á los que en ellas se encontraban: fué una lucha cruel, en que faltando á toda clase de consideraciones, la tropa mató hasta mujeres: fué una lucha terrible, en que á los pacíficos habitantes se les maltrató de una manera inaudita, en que se rompieron muebles, se abrieron cajones, se cometieron robos y se allanaron establecimientos. En esa lucha el referido batallón se portó como si hubiera entrado en una población de enemigos ocupada hace diez siglos. Los soldados iban por las calles ébrios, penetraban en las tiendas de vinos, en las bodegas, se apoderaban de las botas y bebían hasta embriagarse, y así, en este estado, entraban en las casas y cometían los desmanes y asesinatos que he indicado. Y todo-esto, no solo lo hacían contra los republicanos, á quienes podían suponer enemigos suyos, sino contra muchas personas de orden, y entre ellas, entre las numerosas personas que me han escrito refiriéndome lo que allí sucediera, recuerdo á un señor concejal, progresista templado, médico de consideración en la población, que vió allanada su casa por los soldados de Reus, que le tuvieron cercado amenazándole con las bayonetas, y al fin le hirieron y robaron, tirándole todo por la ventana. Y debo citar la casa de Paredes, cuya casa también fué allanada, abierta la puerta y aun cuando la hallaron ocupada por personas de quienes nada tenían que temer, penetraron en la tienda y se llevaron todo lo que había. También debo citar otra casa en la calle de Zaragoza, donde después de haberse violentado las puertas y robado lo que había, se mató al dueño y al dependiente de la casa, á pesar de que no habían tomado parte en la refriega. De este modo se trató en Jerez por la tropa á personas pacíficas é indefensas, que ninguna participación habían tenido en aquellos sucesos.

No quiero hacer el relato circunstanciado de lo que allí ocurrió: solo quiero decir al Sr. Ministro de Marina que una persona muy apreciada, muy respetable para mí y muy querida de S. S., tanto como si fuera hermano suyo, fué herida, y eso que trabajó mucho y se comprometió extraordinariamente por su deseo de sossegar al pueblo y apaciguar el tumulto.

Pues esto que ha pasado en las casas de personas de consideración, pasaba en todas partes, solo que de las demás no se hace memoria.

Sobre las desgracias que ocurrieron durante la lucha, debo llamar la atención respecto á los estados que se han publicado en los periódicos. Heridos: de la tropa se ponen 100, de los paisanos 40. Muertos: de la tropa 10, de los paisanos 30. Esta no es la proporción natural de una lucha: esta es la proporción que indica el asesinato después de la lucha y el obrar como han obrado allí. Pues lo mismo se observa en la naturaleza de las heridas de los paisanos que estaban en el hospital. De 50 heridos que

había en el hospital, cinco lo eran por arma de fuego y 45 de bayoneta, esto es, de arma blanca. Y ¿puede creerse que esto pasara en la lucha? El paisano que toma parte en un movimiento de esa clase, lo natural es que se bata en las calles detrás de las esquinas ó resguardándose en los portales, hasta que, si se ve en peligro de ser vencido, se refugia en el primer punto que considera seguro. Es posible, por lo tanto, que sucediera que después de hallarse en las casas esos ciudadanos, los soldados que en ellas entraban les daban un bayonetazo: por eso había y resultaron tantos heridos de arma blanca. Pues esto es un indicio, y ese linaje de pruebas sirve de mucho más que todos los relatos oficiales, porque se funda en la naturaleza de las cosas, y esta se engaña menos que las autoridades. De aquí podría yo tener fundamento para decir que ha habido ensañamiento, que ha habido crueldad extraordinaria por parte del batallón de Reus, porque á los demás no les acuso: y llamo muy particularmente la atención, y no digo más sobre esto, sobre una escena horrible que no quiero describir, pero que me han asegurado tuvo lugar con un niño de tres años: es cosa que asusta.

El Sr. Ministro de la GUERRA (Marqués de los Castillejos): No es exacto.

El Sr. CALA: ¿No es exacto? A mí me han dicho que es verdad.

Un Sr. Diputado de la minoría republicana: Es verdad.

El Sr. Ministro de la GUERRA (Marqués de los Castillejos): Pues es un sueño de S. S.

Un Sr. Diputado de la minoría republicana: Señor Ministro, yo lo he visto.

El Sr. Ministro de la GUERRA (Marqués de los Castillejos): Aun así es un sueño de S. S.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Martos): Orden, señores: no puede interrumpirse al orador. Continúe V. S., Sr. Cala.

El Sr. CALA: Iba á decir que no hablaría de los desmanes, ni citaría casos particulares, que son numerosos, porque más me acomoda quedarme en las reflexiones naturales que arrojan las observaciones que he indicado antes; pero todavía, y para concluir, me queda algo que decir sobre el comportamiento que hubo posteriormente.

Señores Diputados, no son nuevas las revoluciones ni las agitaciones populares, y por lo tanto son conocidos los medios corrientes de represión que se emplean cuando estallan. Estos medios se reducen á que, inspirado el que manda en la consideración de que en un movimiento popular generalmente el que toma parte va sin saber por qué va, sino que va estimulado por otros agentes, se permite á la multitud el que se retire á sus casas á curarse de los rasguños que ha sacado en la contienda, y solo se persigue á los autores ó instigadores de la rebelión. Esto ha pasado siempre: esto ha sucedido cuando las represiones las han hecho los partidos más reaccionarios, la unión liberal, que no lo es poco, y el partido moderado, que lo ha sido mucho. Pues en Jerez ha sucedido todo lo contrario. En Jerez, después de estar todo sossegado, se distribuyeron patrullas por las calles, y como ellas no conocían las casas donde había personas que debían ser prendidas, iban los serenos y agentes de la fuerza municipal sirviéndoles de guía, señalándoles las casas, y cuando decían «ahí,» lo cual valía tanto como decir: «ahí vive un republicano,» entonces, sin ocuparse en averiguar si los que estaban dentro habían cogido ó no las armas, penetraban en las casas y se apoderaban de todos. De este modo se comprende que con ese procedimiento se hicieran cerca de 1.000 prisioneros, siendo así que el pueblo se batió como á la desbandada y que, según mis noticias, los que se batieron apenas llegaban á 400.

Y yo pregunto: ¿es esta la manera de refrenar los movimientos después que han tenido lugar? ¿Es esta la manera de respetar la seguridad individual? ¿Basta que un sereno que va al frente de la fuerza pública señale una casa cualquiera para detener á todos los individuos que haya dentro de ella, y se les considere como prisioneros? ¿Son estas las garantías que deben tener los ciudadanos? Pues no sucedió eso solamente.

Ayer tuve el honor de hacer una pregunta al Sr. Ministro de Gracia y Justicia, para que tuviera la bondad de decirnos si tenía conocimiento de algunas irregularidades que se hubieran cometido en el procedimiento contra los sublevados: diré los sublevados, porque algún nombre les he de dar. No es que yo tuviese noticia de ese procedimiento y de esas irregularidades con toda minuciosidad; pero sí sabía que no habían pasado las cosas como hubieran debido pasar. El Sr. Ministro de Gracia y Justicia me respondió que no tenía noticia de lo que yo le indicaba; pero que había preguntado al regente de la audiencia de Sevilla para que le manifestase lo que hubiera. Además, manifestó S. S. cierta extrañeza respecto de la manera con que yo formulaba mi pregunta, puesto que hablaba de irregularidades cuando no aseguraba que hubiese proceso. Yo soy nuevo enteramente en el Parlamento; esta es la segunda vez que hablo en este lugar, sin que antes haya usado de la palabra en público; desconozco completamente las prácticas parlamentarias, y no sé hasta qué punto puede llevar el deseo de mostrar habilidad en las contestaciones.

Así pues, como desconozco todo esto, no sé apreciar dignamente toda la habilidad que demostró el Sr. Ministro de Gracia y Justicia al decir que no comprendía los términos de la pregunta; porque sin saber que hubiera procedimiento, sabía que había irregularidad. Si de algo puede quejarse el Sr. Ministro de Gracia y Justicia fué de que empleara yo la palabra irregularidad, cuando debía haber empleado la de atentado. No sabía yo si había proceso; pero si sé que la ley manda que al que se le prende se le ponga á disposición del juez competente á las veinticuatro horas y luego se le ponga en libertad, ó se decreta la prision, notificándole el auto. Sabía yo que no se había hecho la notificación, y por consiguiente, ó había proceso ó no le había. Si le había, existía de hecho la irregularidad que acabo de señalar; y si no le había, el abuso era tan enorme como el no haber proceso y tener á los presos detenidos muchos días sin someterlos al tribunal. Véase, pues, cómo no había necesidad de hacer equilibrios con la palabra irregularidad de que yo me valí al hacer la pregunta.

Pero no es esto solo, sino que teniendo derecho los ciudadanos á todo lo que acabo de decir, han pasado diez días sin que á los detenidos se les tome declaración y sin que se dicte el auto de prision. ¿Son estas las conquistas de la revolución? Si seguimos de esta manera, será preciso renegar de ella, y yo renegaré el primero. Si después de las conquistas hechas por la revolución se puede todavía tener á los ciudadanos en prision durante diez días sin que se les reciba declaración, digo que hemos reaccionado en vez de adelantar en el camino de la libertad.

Aun hay más. Todos los Sres. Diputados saben que los ciudadanos detenidos tienen derecho á estar en la cárcel de su pueblo, considerándola como domicilio: ¡triste domicilio! Pero al fin es nuestro derecho. Pues á los detenidos por los sucesos de Jerez, que fueron capturados de la manera que he dicho antes, no solo no se les ha dado como domicilio para la prision la cárcel de su pueblo, sino

te en la lucha, han sido conducidos á Ceuta, y allí están todavía. De esta manera se procesa á los españoles después de la revolución de Setiembre. No digo más, y me siento.

El Sr. Ministro de la GOBERNACION (Sagasta): Los sucesos de Jerez, Sres. Diputados, son de todos conocidos, y no podían ofrecer duda ninguna á las Cortes Constituyentes; pero si hubiera habido alguna, el Sr. Cala la hubiera desvanecido, no solo en cuanto al origen y causas de aquellos sucesos, sino tambien á la responsabilidad de los mismos.

El Sr. Cala ha creído, sin duda en cumplimiento de su deber para con algunos de sus paisanos, que debía levantarse aquí á narrar aquellos sucesos de la manera que le ha parecido conveniente, y á desviar la responsabilidad de donde verdaderamente se halla, para hacerla recaer sobre los que no tienen ninguna. Los mismos argumentos, los mismos razonamientos del Sr. Cala, demuestran perfectamente todo lo contrario de lo que ha querido demostrar. A pesar de la habilidad de S. S., á pesar de los colores con que ha procurado iluminar aquellas escenas, á pesar de la manera y la forma con que ha dibujado aquellos cuadros, pocas palabras bastarán para demostrar que es un cuadro pintado exclusivamente á gusto de S. S., y que se parece al original como se parecen la noche y el día, la luz y la sombra.

Ya decía S. S. al comenzar su discurso que es sumamente difícil, en conflictos de esta clase, averiguar dónde está la responsabilidad, quién ha tenido la culpa de que comiencen, quién ha sido el primero en romper las hostilidades. ¡Ya lo creo! Difícil es para S. S.; pero no para los que no piensan como S. S., que bien claramente saben lo que ha pasado, y conocen á los que han tenido toda la culpa, la exclusiva culpa de tan lamentables escenas.

El Sr. Cala nos ha descrito á Jerez antes de aquellos sucesos en tal estado de opresión, que no hubiera tenido igual en todas las administraciones anteriores á la revolución de Setiembre. El pueblo de Jerez es liberal. No necesita el Sr. Cala decirnoslo; lo sabíamos nosotros muy bien, y lo saben perfectamente las Cortes Constituyentes. Lo que sí necesitaba haber dicho era que el pueblo liberal de Jerez no ha provocado los acontecimientos que estamos todavía lamentando; lo que sí ha debido decir el Sr. Cala es que los jerezanos que fueron á Cádiz para coadyuvar al alzamiento general, no son los que han estado en las barricadas.

Precisamente las personas que se presentaron en Cádiz, las que tomaron parte en aquellos sucesos, las que hicieron grandes sacrificios por la causa de la revolución, ó han estado al lado de la autoridad, ó han estado aquí. En Cádiz estaba el Sr. Cala, y allí tuve el gusto de conocerle. Los acontecimientos de Jerez tienen un carácter especialísimo, y es el de que la mayor parte de los presos son forasteros desconocidos en aquella población.

Que el pueblo de Jerez es liberal, ya lo sabemos. Que los jerezanos han hecho sacrificios por la libertad, ya lo sabemos tambien; pero el pueblo de Jerez no ha tomado parte en esos actos que lamenta y lamentará por mucho tiempo. El pueblo de Jerez, que ha hecho verdaderos sacrificios por la libertad, no es el que ha turbado el orden para matar precisamente la libertad que aquellos ciudadanos quisieron conquistar y han conquistado.

Para justificar esos acontecimientos, el Sr. Cala nos pintó la situación angustiosa en que supone se encontraban los jerezanos, y afirmó que todo lo que allí ha pasado fué orden del ayuntamiento encargado de la administra-

ción de aquella importante localidad. Según la opinión de S. S., los jerezanos cometieron una gravísima falta, de que se arrepentirán toda su vida, nombrando á los concejales que hoy componen aquel dignísimo ayuntamiento.

Supone el Sr. Cala que desde el momento en que el ayuntamiento empezó á funcionar, desde entonces comenzaron los males de Jerez; desde entonces empezó la ciudad de Jerez á estar maltratada, oprimida, humillada, como pudiera estarlo antes de la revolucion de Setiembre, como pudiera estarlo por los sicarios de Gonzalez Brabo.

Pues bien, Sres. Diputados; el mismo Sr. Cala, al decir esto, se arrepentia y se contradecía á sí mismo, pues que añadía: «No me atrevo á decirlo de todos los individuos de aquel ayuntamiento; no sé de quiénes decirlo, porque todas son personas honradas, personas liberales, personas de buenos antecedentes.» Esto ha dicho su señoría de todos, si no de todos, de casi todos los concejales, no atreviéndose á echar la responsabilidad sobre ninguno de ellos.

Pero es necesario que se sepa aquí que el presidente de aquel ayuntamiento es una de las personas más respetables de Jerez, es una de las personas más respetables de Andalucía y aun hasta de España.

Es necesario que se sepa aquí que ante la respetabilidad del alcalde de Jerez, ante su inquebrantable consecuencia política, ante los sacrificios de todo género que ha hecho por la libertad, cuando era difícil hacerlos, y ante sus prendas de carácter, deben los jerezanos quitarse el sombrero y abrirle paso por donde quiera que vaya don Pedro Lopez Ruiz, que nunca se ha cansado de hacer sacrificios por la libertad; D. Pedro Lopez Ruiz, que es una persona tan digna como respetable; D. Pedro Lopez Ruiz, á quien nadie ha escedido en patriotismo, aunque se llame republicano ó como quiera, á quien en sacrificios por la libertad ninguno se le ha puesto jamás por delante; don Pedro Lopez Ruiz es el presidente del ayuntamiento de aquella ciudad, á quien el Sr. Cala hace responsable de los sucesos de Jerez. Yo, señores, tengo una grandísima satisfaccion en pagar este pequeño tributo de consideracion á los merecimientos y servicios que ha prestado tan ilustre patriota.

¿Y qué es lo que ha hecho ese ayuntamiento, Sres. Diputados? ¿Cuáles fueron los vejámenes que ha hecho pesar sobre Jerez? ¿Cuál la opresion por que ha hecho pasar á esa ciudad? Voy á hacerme cargo muy lijamente, porque no se necesita más, de las diversas causas que, segun las suposiciones del Sr. Cala, han producido la sublevacion.

Que existia una guardia municipal, y que el nuevo ayuntamiento reemplazó los individuos de ella con los que formaron la que hubo anteriormente; y á esto lo dá gran importancia, porque á esa guardia la llama guardia de Gonzalez Brabo. Pues bien, esa guardia municipal no es la guardia de Gonzalez Brabo, es la guardia del municipio de Jerez; porque es necesario que yo diga aquí, y debiera haberlo dicho el Sr. Cala, supuesto que debemos discutir de buena fé y dar un puesto preferente á la justicia, que los guardias municipales de Jerez son nombrados, como en todos los pueblos de España sucede, por el ayuntamiento; y es preciso que se sepa que el ayuntamiento de Jerez, cualquiera que haya sido la situacion dominante en el país, siempre ha sido progresista: de manera, que la guardia municipal que existia cuando ocurrió la revolucion, habia sido, en su mayor parte, nombrada por ayuntamientos liberales, y por lo tanto, los individuos que la formaron y vinieron luego á reemplazar á otros, no tenían procedencia alguna de Gonzalez Brabo, sino que

eran directamente dependientes del municipio de Jerez.

Que se disolvió ó se desarmó la Milicia nacional. Se reorganizó, en efecto; y como la mayor parte de sus individuos eran jornaleros, ese ayuntamiento, por el servicio que tenían que prestar, les pagaba el jornal conveniente, y de aquí el llamar á la Milicia nacional que entonces se formó, Milicia nacional asalariada. No, señores; fué una organizacion como otra cualquiera.

Pero donde el Sr. Cala ha hecho, como vulgarmente se dice, hincapié, ha sido en la cuestion de derechos individuales. «Señores, decia, el ayuntamiento de Jerez ha conculcado todos los derechos individuales, ha impedido el derecho de reunion, ha destruido el derecho de asociacion, ha quebrantado completamente todos los aludidos derechos.»

Pues cuanto ha pasado con los derechos individuales no es más que una cosa muy sencilla.

Cuando se hizo la revolucion, naturalmente los revolucionarios se apoderaron de algunos edificios públicos que tenían una aplicacion dada, verificándose en ellos las reuniones públicas. El ayuntamiento, hecho cargo de su puesto, trató de destinar algunos de esos edificios á los objetos á que estaban destinados y dispuso que se cerraran otros. Y dice el Sr. Cala: «con cerrar los edificios públicos se acabó el derecho de reunion.» Pues qué, ¿es necesario que la autoridad proporcione para que se ejerza el derecho de reunion los edificios donde ésta haya de celebrarse? ¿Por dónde? ¿Cuándo ni cómo?

Que se ha impedido á los ciudadanos de Jerez reunirse. ¿Cuándo ni cómo se ha impedido á los jerezanos el uso de ese derecho, que se ha ejercitado antes y despues de las elecciones libérrimamente en aquella ciudad? No es, por lo tanto, exacto que el alcalde ó el ayuntamiento impidieran nunca las reuniones pacíficas. Tampoco es exacto que allí se hayan impedido jamás las asociaciones pacíficas. ¿Qué tiene que ver el que una iglesia ó un edificio, que corresponde al Estado ó al ayuntamiento, sea utilizado por estos aplicándolo al objeto á que se hallaba destinado, para decir que se priva del derecho de reunion á los ciudadanos porque ya no pueden reunirse en aquel edificio? ¿No tenían dónde reunirse los que reunirse querían? Pues si tenían donde reunirse, ¿cómo ni cuándo se les ha privado del derecho de reunion?

Por último, señores, despues de estos grandes males que pesaban sobre Jerez, despues de estas terribles calamidades que el ayuntamiento traía sobre aquella poblacion, aprovechando los edificios públicos en su objeto adecuado, viene otra gran calamidad: han pasado los acontecimientos de la revolucion y entra la Guardia civil á ocupar su puesto en Jerez. ¡Qué calamidad! ¡Qué gran motivo de disgusto! ¡Qué grave conflicto para Jerez! ¡Que la Guardia civil vuelve á ocupar su puesto! Una vez que habia tenido que reconcentrarse á consecuencia de la revolucion, y habiendo ya cesado esa necesidad, la Guardia civil regresó á sus puestos; y como uno de ellos era Jerez, nada tiene de extraño que allí volviese. ¡Otro gran disgusto, otro motivo de conflicto, otra concausa para los sucesos que luego sobrevinieron, segun el Sr. Cala!

De todo lo que ha dicho S. S., puede producir efecto lo de los 30 presos que se hicieron. ¿Y sabéis por qué se hicieron? Porque la autoridad municipal tuvo conocimiento de que en la plaza de toros se reunían á media noche centenares de personas armadas con el objeto de prender, á las altas horas, á los individuos del ayuntamiento, sorprendiéndolos á cada cual en su casa cuando estuvieran entregados al descanso y al sosiego; y como la autoridad local tuvo conocimiento de eso, es claro que le tocaba

disolver la reunion y hacer lo que hizo. ¿Debia acaso proceder de otra manera?

Pero allí no se ha privado del derecho de reunion, ni del de asociacion, ni de otro de los derechos individuales á ningun ciudadano, absolutamente á ninguno. No hay acto de aquel ayuntamiento que mermase en lo más mínimo la libertad, y no podia ciertamente haberlo tratándose de un ayuntamiento compuesto de individuos dignísimos, que han hecho siempre sacrificios por la libertad y que continúan haciéndolos.

No existia, pues, motivo alguno de disgusto ni causa alguna que tuviera en fermentacion al pueblo y pudiera ofrecer pretexto para echarse á la calle con las armas en la mano á hacer resistencia al Gobierno.

El Sr. Cala, dadas las condiciones en que dice se encontraba Jerez, dado el mal estado en que supone se hallaba aquella poblacion, cree natural y lógico lo que luego sobrevino, lo que luego hicieron los que salieron á las barricadas; y quiere descargar la responsabilidad, en primer término, sobre el Poder ejecutivo; en segundo término, sobre las autoridades locales de Jerez, y en último término, pero solo como un átomo de responsabilidad, sobre los que salieron con las armas en la mano, hicieron las barricadas y dieron lugar al triste suceso que deploramos.

Y tales son las simpatías del Sr. Cala hacia esos que salieron á las barricadas, que solo por darlos algun nombre, por calificarlos de alguna manera, se ha atrevido, no sin gran sentimiento y pena, á llamarlos sublevados.

Señores, no quiero hacerme cargo de la responsabilidad que intenta echar el Sr. Cala sobre el Poder ejecutivo. Nada tuvo éste que ver en aquellos sucesos y ni aún pudo tomar disposicion alguna sobre ellos, porque cuando llegó el caso de tomarla, ya estaban adoptadas por la autoridad municipal todas las que creyó convenientes para restablecer la tranquilidad. Pero el Sr. Cala, que no sabe dónde encontrar la responsabilidad que quiere echar sobre el Gobierno, ha tenido que andarse, como suele decirse, por las nubes, y se ha detenido en consideraciones astronómicas. ¡Bien necesitaba el Sr. Cala irse á conferenciar con los astros para traer á consecuencia de los sucesos de Jerez responsabilidad alguna sobre el Poder ejecutivo! S. S., con unas cuantas frases de física, con unas cuantas ideas de mecánica, y algunas de astronomía, con las que nos ha entretenido agradablemente, pretende demostrar por los astros, por la gravedad de los cuerpos y por la curva que describen en su movimiento, que el Poder ejecutivo tiene una gran responsabilidad por consecuencia de los sucesos de Jerez.

¿Y qué he de decir yo de la que quiere echar sobre el ayuntamiento de Jerez? ¡El ayuntamiento de Jerez, que se ha conducido con una prudencia, con una calma, y hasta con una suavidad que todos debemos ensalzar, pero quizás no conyenga llevar tan allá en otras ocasiones! ¡El ayuntamiento de Jerez, Sres Diputados, que á la primera noticia que tuvo de que se estaba amotinando el pueblo y levantándose barricadas, en lugar de tomar disposiciones preventivas, en lugar de hacer nada que pudiera alarmar á los ciudadanos, fué á las barricadas á exhortar con el cariño y con el consejo, marchando de uno en otro punto, hablando á los unos y á los otros, y prometiéndoles que lo que habian hecho no les traeria perjuicio de ninguna especie, y que ni por haber salido con las armas en la mano, ni por haber hecho barricadas, tendrian pena alguna ni consecuencia de ningun género, con tal que se retirasen y oyeran los buenos consejos del que, más que como autoridad, les hablaba como padre!

último concejal, si es que puede haber un último concejal en ese ilustre ayuntamiento, hicieron los mayores esfuerzos para convencer á los sublevados, apelando á la familia, al cariño, á la amistad, al paisanaje, apelando á todo. ¡Y todavía se quiere hacerle responsable de los acontecimientos!

A los individuos del ayuntamiento acompañaron, es verdad, muchos ciudadanos de Jerez; y el Sr. Cala, al ocuparse de esto, añadía que al capitán general le debia pesar la pluma al dar el parte de lo ocurrido, pues se limitó á decir que habian sido algunos particulares los que acompañaron al ayuntamiento, no queriendo expresar que habian sido los republicanos.

No fueron solamente los republicanos los que ayudaron al ayuntamiento en su tarea de convencer á aquellos locos ó fanáticos, que iban á exponer su vida y á comprometer la libertad; no eran solo republicanos los que acompañaban á los individuos del ayuntamiento en aquella tarea tan patriótica y tan humanitaria: eran muchos vecinos honrados y pacíficos de Jerez, monárquicos, republicanos, de todas las opiniones políticas.

Porque yo debo advertir una cosa, que no debe ignorar el Sr. Cala. En Jerez, como en todas partes, hay dos clases de republicanos: republicanos cuyas ideas son compatibles con la libertad, con el orden, con la propiedad, con las bases fundamentales en que descansan las sociedades; republicanos respetables y respetados, republicanos que al recordar á las masas sus derechos no dejan de hacerlo nunca sin recordarles al mismo tiempo sus deberes, republicanos que predicán para respetar la ley de las mayorías, republicanos que están, que puedan estar, que deban estar siempre dentro de la legalidad, y hay otra clase de republicanos que no hacen eso, que ofrecen lo que no pueden dar, que predicán ideas disolventes, que llevan la perturbacion al seno del país, que llevan la alarma á todas partes, que se sublevan contra todo lo que es santo y legal, y que perturban completamente y fascinan á esas masas, á las que pierden despues con sus mentidas promesas y con su falso patriotismo.

De los primeros republicanos se encontraron muchos acompañando al ayuntamiento; todos los que hay en Jerez, y son muchos: los segundos no sé dónde estarian, no sé si estarian con los individuos del ayuntamiento, pero el capitán general tampoco debia saberlo cuando no lo dice.

En tal estado de cosas, el ayuntamiento, ya que voy examinando la responsabilidad que pueda caberle, ayudado de esos pacíficos y honrados vecinos, consiguió que la gente que ocupaba las barricadas se retirase, y logrado eso, se publicó en el acto mismo el bando que va á oír la Cámara.

Decia lo siguiente el alcalde constitucional de Jerez: «Jerezanos: Vuestro ayuntamiento popular ha visto con el más profundo pesar los tumultos y barricadas que han tenido lugar en la mañana del día de hoy, y espera que no volverán á reproducirse. Acordada ya hace días por esta municipalidad la redencion de los mozos á quienes toque la suerte en Jerez, no tiene razon de ser ningun acto subversivo, y solo quieren vuestra perdicion los que os impulsan al desorden y á la anarquía. Tened presente que con los tumultos y asonadas empobrecereis este pueblo, y quitareis vosotros mismos el pan á vuestros hijos, porque la miseria es la consecuencia de los motines.

»Así lo habeis comprendido cediendo á las indicaciones de la autoridad, y podeis estar tranquilos en cuanto á que no sufrirán perjuicio alguno los que se retiraren á sus casas, sabiendo que si hasta ahora ha

sido posible la indulgencia, no podrá suceder lo mismo si se continúa alterando el orden público.

«Jerezanos: entregaos á vuestros trabajos; mantened la tranquilidad en Jerez, y estad seguros de que el ayuntamiento vela por vosotros, por vuestros hijos y por la libertad.»

«Jerez de la Frontera 17 de Marzo de 1869.—El presidente, Pedro Lopez Ruiz.»

Y esto lo sabian todos, lo mismo los que estaban en las barricadas que los que no habian acudido á ellas, lo cual prueba que la cuestion de quintas no era más que un pretesto.

«Y á este ayuntamiento se le atribuyen imprudencias! Y á este ayuntamiento se le atribuye rigor, á este ayuntamiento, que despues de haber estado el pueblo sublevado, de haber llenado las calles de barricadas, de haberse colocado en ellas con fusiles en la mano, de estar en completa rebeldia, todavía dice á los insurrectos: «No tengais cuidado, no os ha de pasar nada, volved á vuestras casas, yo me encargo de que no os pase nada, yo respondo de que nada os pasará!» ¿Por qué volvieron á las barricadas? Antes de contestar á esta pregunta; bueno es que sepamos por qué fueron la primera vez, ya que el Sr. Cala nos ha hecho una historia tan agradable y tan chistosa de cómo empezó la sublevacion

El Sr. Cala supone que allá, á cierta hora de la mañana, no sé á cuál, un muchacho que por casualidad pasaba por la plaza, vió el bando de las quintas pegado á una pared, y como si hubiera sido un papel cualquiera, lo rompió; pero hé aquí que unos municipales vieron al chico romper el bando, y lo cogieron y lo llevaron á la cárcel. Esto lo da S. S. como fundamento bastante para que el pueblo de Jerez se sublevase, para que saliera á la calle con armas é hiciera barricadas.

Señores, si todos los pueblos fuesen así, si el día Madrid cada vez que ve que los guardias cojen á un muchacho para llevarlo á San Bernardino hubiera de sublevarse, y provocar motines, ¡vive Dios que no se podría vivir en este país! ¿Pasaron las cosas como dice el Sr. Cala? Si así fué, tanto peor para Jerez. ¿Qué pueblo es ese que porque dos guardias cojan á un muchacho, sea por lo que quiera, se amotina, y corre á las calles, y coje las armas y hace barricadas, y pone en peligro la tranquilidad y la vida de los ciudadanos pacíficos?

Afortunadamente no es Jerez, ¿qué ha de ser Jerez el pueblo que hace eso! Son unos cuantos perturbadores que van allí explotando el fanatismo y la ignorancia de ciertas masas trabajadoras.

¡Ya se ve! Para justificar el Sr. Cala la actitud de los sublevados con motivo de haber cogido unos municipales á un muchacho que habia rasgado el bando que creyó era un papel blanco, para justificar todo lo que despues pasó en la sublevacion, era necesario que S. S. se entregara á su imaginacion y nos dijera: «eso no tiene nada de particular, porque al correr las noticias de un punto á otro, se abultan de manera que casi se desconocen. El hecho es que han prendido á un muchacho; pero el pueblo ha creído que están presas tantas y tantas personas y que ha habido tantas y tantas desgracias.»

No parece sino que se trata de Londres, donde no se sabe en un extremo lo que pasa en otro sino despues de algun tiempo.

Pero aun admitiendo el hecho como lo cuenta el señor Cala, ¿dónde está la justificacion de esos sucesos? ¿En qué pueblo se puede consentir, en qué país del mundo se puede tolerar que por cosas tan pequeñas se cometan excesos tan grandes?

Pero no pasó como ha dicho S. S., y no tiene nada de particular que se equivoque, puesto que no estaba allí, y ya nos ha dicho al empezar que no hablaba más que á consecuencia de noticias contradictorias. No fué un chico el que desgarró de la esquina donde estaba colocado el bando del alcalde popular, fueron varios amotinados; y tambien era casualidad que habiendo en la plaza 2.000 personas, fuese un chico el que rasgara el papel, sin que aquellas personas supiesen que era el bando sobre las quintas.

Desde que se pusieron los bandos en los parajes de costumbre, empezó á darse la voz de: «¡abajo las quintas: nada de redencion: viva la república federal!» Dando esas voces fueron arrancados una porcion de bandos, y á los que abusaban así, fué á quienes los guardias municipales, cumpliendo con su deber, echaron mano y los llevaron ante las autoridades; pero ya en actitud hostil, amenazadora y de motin. Y ¿qué voces corrieron por toda la poblacion? Estas: «¡abajo las quintas: viva la república federal!»

Cuando la autoridad municipal se apercibió, habia ya una gran masa de sublevados levantando barricadas, y entonces fué cuando el ayuntamiento, en vez de tomar medidas de represion de ninguna especie, fué á ver si por medio de la exhortacion y del consejo conseguia que se retiraran á sus casas; se retiraron en efecto, no todos los que habia en las barricadas, porque luego se ha rectificado ese parte que S. S. ha leído. Ese parte se transmitió al gobernador de Cádiz en momentos premiosos, el cual me lo dirigió á mí. No tiene, pues, nada de particular que se transmitiera sin ciertos detalles, que en lo general no se ponen en los partes telegráficos.

Una gran porcion de sublevados se retiró de las barricadas. ¿Por qué volvieron? ¡Ah, señores! Volvieron porque dice S. S. que la tropa pasó por las barricadas con gran estrépito y haciendo gran ostentacion y gran alarde de fuerza. S. S. nos ha pintado á su gusto la sublevacion de Jerez, y segun S. S., aquellos pobres sublevados no tuvieron más remedio que hacer barricadas para defenderse. Salíó la tropa, y á pesar de que no tenia contra quién luchar, aquellos pobres ciudadanos tuvieron que parapetarse haciendo barricadas alrededor de la tropa.

Pues si esto es así, si la tropa se vió cercada por barricadas que hicieron los ciudadanos para defenderse contra la tropa, claro está que la tropa tenia que atravesar por las barricadas que habian hecho los ciudadanos: de manera, que aún contado el caso como S. S. lo cuenta, resulta que la tropa no hizo nada de particular atravesando por las barricadas para irse á su cuartel: claro está ¿no las habian de atravesar si estaban completamente rodeados?

Pero no fué así: las barricadas estaban hechas, la tropa tuvo que salir, y como sucede en esos casos, al salir del cuartel para dirigirse al punto de ataque, no pudo tomar el camino más corto; pero llegada al sitio, y viendo que no habia necesidad de atacar y que nadie la hostilizaba, volvió al cuartel, y entonces fué cuando tomó el camino más derecho y cruzó por consiguiente las barricadas que encontró al paso.

Aun cuando esto no fuera así, aunque la tropa hubiera recorrido de intento las barricadas, ¿es esto motivo para que un pueblo se subleve, coja las armas, vuelva á las barricadas y ocasione las desgracias que han tenido lugar en Jerez?

Todos los motivos, pues, que han tenido los sublevados de Jerez para hacer armas contra el Gobierno son que la tropa para ir al cuartel tuvo que pasar por las bar-

ricadas: y cuenta, señores, que toda la tropa se reducía á cuatro compañías de infantería que apenas reunirían 160 hombres, unos cuantos guardias civiles y los carabineros, un total cuando más de 300 hombres, y casi se puede asegurar que no llegarían á ese número. ¿Qué alarde de fuerza, ni qué estrépito, ni qué ostentación se puede hacer con 300 hombres en una población en que pasaba de 2.000 el número de los sublevados, á pesar de lo que ha dicho el Sr. Cala?

Lo que sucedió simplemente fué que la tropa, viendo que no había para qué permanecer en la calle, se volvió al cuartel y tuvo por fuerza que pasar por las barricadas, porque todo estaba cubierto de ellas. Pero quiero suponer que hubiera dado este paseo para tranquilizar los ánimos, para hacer ver á los habitantes pacíficos que el desorden había concluido sin derramamiento de sangre, que no había ya peligro ninguno; ¿qué inconveniente había en que la tropa recorriera la población á fin de que los habitantes pacíficos, viéndola circular por todas partes, depusieran el cuidado y dieran por restablecida la tranquilidad? Eso no es bastante motivo para justificar á los sublevados de Jerez.

El Sr. Cala dice que lamenta mucho los sucesos que han tenido lugar en Andalucía y los que todavía pueden sobrevenir; pero, señores, así es cómo únicamente se pueden disculpar sucesos que no tienen disculpa de ningún género; así es cómo se puede venir alentando á los sublevados que oyen una voz en el Parlamento disculpando actos de frenesí, ya que no de otra cosa, y para echar sobre autoridades que cumplen con su deber y que llevan la moderación y la prudencia más allá de donde debe llevarse en muchos casos, á dejar libres de responsabilidad á los que hoy son la causa de la perturbación del país y que lo serán de la muerte de la libertad; porque si la libertad se ha de perder en este país, no ha de ser seguramente por la reacción, sino por los perturbadores, por los demagogos, por los que no hacen más que llevar el desorden á todas partes, por los que dan en todas partes y á todas horas el grito de alarma, por los que ponen constantes obstáculos al único poder legítimamente constituido, por los que no pueden vivir más que en un mundo de luchas fratricidas, de venganzas y de rencores, por los que, respirando el álito emponzoñado de la sangre que mana á torrentes el corazón de la patria, marchan directamente hacia el abismo de la anarquía, que les espera con los brazos abiertos para entregarnos después á todos en los brazos de la más terrible reacción.

El Sr. Cala se ha entretenido después en una disertación especial de S. S. acerca del derecho de insurrección, y ha venido casi á probar que era legítima la de Jerez, porque una vez establecida su doctrina, nos decía: «ahora bien: si el Gobierno hubiera hecho con todo el país lo que hizo con Jerez, si hubiera privado del derecho de reunión á todo el país como en Jerez; si hubiera impedido el derecho de asociación, si hubiera impedido toda manifestación de la libertad y restringido todos los derechos individuales, como en Jerez, España entera tendría derecho para levantarse contra el Gobierno: aquí está el derecho de insurrección.» Pero, señores, ¿es verdad que el Gobierno en Jerez haya hecho nada de eso? ¿Qué derecho les ha faltado á los ciudadanos de Jerez, qué libertad no han podido ampliamente ejercer, qué atropellos se han cometido con ellos, qué arbitrariedades ha tenido que sufrir aquel pueblo?

Comenzada ya la lucha, el Sr. Cala nos ha hecho una pintura á su manera de la conducta de los soldados: no me voy á ocupar de eso, puesto que el Sr. Ministro de la

Guerra, que ha pedido la palabra, lo hará mucho mejor que yo y sabrá dejar donde cumple que quede el nombre del soldado español; pero además el Sr. Cala ha hecho alusión á atrocidades, á arbitrariedades de otro género, ha dado gran importancia al número de días que han estado los presos sin que se les tomara declaración. El señor Cala no se ha hecho cargo de lo extraordinario de las circunstancias, no se ha hecho cargo de que había 800 prisioneros y que no se toma en un día indagatoria á 800 personas. ¿A qué vienen, pues, esos alardes, esas declamaciones, ese calor con que S. S. se expresaba, esas comparaciones de esta situación con las situaciones pasadas, y ese deseo de querer volver á las situaciones anteriores á la revolución, y ese renegar de los frutos de la revolución? ¡Ah, cómo se ha olvidado el Sr. Cala de lo que pasaba antes, cuando no había 800 prisioneros á quienes tomar declaración, cuando no había peligro, cuando no había otros amotinados fuera que esperaban rescatarse para volver á emprender la resistencia!

Luego el Sr. Cala nos hacía terribles cargos porque los prisioneros se habían llevado á Ceuta. ¿Y dónde habíamos de tenerlos sino había local suficiente y seguro donde colocarlos, si la población entera de Jerez nos pedía que los sacásemos de allí? Están en Ceuta, en una cárcel segura, á donde han acudido los tribunales á seguir el proceso: toda la diferencia consiste en que serán juzgados en Ceuta en vez de ser juzgados en Jerez.

Pero después de hacernos tantos cargos el Sr. Cala, no se ha acordado de que en medio de una sublevación tan terrible en que tanta sangre se ha derramado, no se ha tomado por el Gobierno medida alguna extraordinaria, no se ha declarado el estado de sitio, y la autoridad civil, la autoridad municipal, una verdadera autoridad paternal, es la única que allí ha funcionado, y los tribunales ordinarios después fueron los que siguieron el proceso.

A pesar de todo esto, S. S. viene aquí exajerando y abultando las cosas y poniendo al Poder ejecutivo en peor situación que podían estarlo aquellos poderes arbitrarios que cometían tantos y tantos crímenes.

¡Ah, señores, los sucesos de Jerez! Yo no sé si los sucesos de Jerez se repetirán en otra parte; pero hay que tener en cuenta la manera de ser de aquella localidad, la manera de ser de aquellas provincias, especialmente de alguna parte de ellas.

Los pueblos de la sierra y Paterna se sublevan, están en una perfecta perturbación (*Un Sr. Diputado pide la palabra*), llega el momento solemne de emplear el sufragio universal para hacer y dirigir las elecciones, y en nombre de la república federal se aguzan los puñales y se asesina á pacíficos y honrados ciudadanos. Pues bien; aparece como presidente de los republicanos de la Sierra un secretario particular del Sr. Meneses.

Juega el telégrafo un día anunciando que en Chiclana se ha alterado el orden, que corre peligro aquella población. ¿Quién mueve aquellas masas? Pues es un carlista que faltaba de la provincia más de doce años, y que fué sentenciado como cómplice en la conspiración carlista descubierta en el Escorial.

Se pone en peligro la ciudad de San Fernando: la población se alarma, hay motín; la autoridad es desconocida. ¿Y quién dirige el movimiento? Pues lo dirige un jefe reconocido del partido moderado en aquella localidad, acompañado de uno ó dos sacerdotes que, olvidando su sagrada misión, asisten á los clubs y vierten las ideas más disolventes.

En Los Barrios aparecen en actitud hostil una porción de braceros, que piden la república federal y la cabe-

za de los ricos. ¿Y quién dirige ese movimiento? Un ex-gobernador del tiempo de los moderados.

En Béjar se proclama también la república federal con las armas en la mano: no hay momento en que no se cometa una arbitrariedad. ¿Quién dirige aquellas maniobras y aquellas huestes? Un hermano de Sor Patrocinio.

En Medinasidonia la población arde en predicaciones terribles. Paterna se declara cantón federal: allí no hay Gobierno reconocido, allí no se reconoce autoridad ninguna, allí no se da cuenta de nada á nadie, allí cada cual obra por su propia cuenta, y allí, señores, los moradores tienen que abandonar su propiedad y su hogar; los envuelven en la confusión que produce la predicación del repartimiento de tierras y de dádivas en dinero, y las cosas que allí pasan llevan el espanto y el terror á la población. Pues bien, ¿quién es el que dirige esas maniobras? ¿Quién lleva á cabo esos planes y capitanea aquellas huestes? ¿Es algún artesano honrado, algún celoso industrial, algún bracero inteligente? No, señores; es un tal Miramon, procedente de las filas carlistas, de profesión incalificable, y ayuda constante de todas las reacciones moderadas.

Y por último, en Jerez ocurre esa sublevación y resulta que la mayor parte de los que se prenden en las barricadas son forasteros y desconocidos.

Juzgad, pues, de la causa del mal estado de Andalucía y la provincia de Cádiz en esa parte, y sabed que los que se están disputando el dominio de la ignorancia y del fanatismo de aquellas masas son los isabelinos de un lado, los carlistas de otro, los demagogos de otro, y hasta los filibusteros.

Sí, señores, sí, esto es lo que trae perturbado á aquel país: la explotación que de la ignorancia y del fanatismo de aquellas masas quieren hacer los carlistas, los isabelinos, los demagogos y los filibusteros. (*Risas.*) Extraño mucho que se rían los señores de Cádiz cuando saben que hay algunos que gritan en ese sentido (*El Sr. Benot: Yo lo ignoro.*) Tanto peor para S. S. y para los demás señores representantes de la provincia de Cádiz si ignoran que hay allí filibusteros que tratan de sublevar las pasiones, de concitar los ánimos, de llevar el desorden y el desasosiego como medio de poder conquistar algo para aquellos lejanos países.

Y es fácil, señores, que allí se disputen esos diversos elementos el fanatismo y la ignorancia de aquellas masas; masas incautas que acogen fácilmente en su seno á sus más encarnizados enemigos, y que fascinadas por sus falsas promesas y su mentido patriotismo, se dejan engañar por los mismos que la vispera las perseguían, las maltrataban y las humillaban, y consiguen hacer que miren con desconfianza y hasta con odio á los que son sus verdaderos amigos, á los que les han ayudado en la desgracia, á los que han roto las cadenas que les oprimían, á los que con el pueblo lloran y con el pueblo gozan, á los que haciendo los mismos sacrificios que el pueblo, con el pueblo se levantan y con el pueblo se hunden; masas insensatas que admiten en sus filas á los que, encarnizados enemigos siempre de la libertad y no atreviéndose á combatirla frente á frente, procuran introducir la desconfianza, quieren perder la revolución envolviéndola en sus propios extravíos y buscan en el desorden, en la perturbación y en la anarquía el triunfo de sus maquiavélicos planes; masas insensatas é incautas á quienes una ligera careta de falso liberalismo basta para que desconozcan á la reacción y para que la abriguen en su seno, sin reparar que el calor que le dan y la vida que le vuelven, son el calor y la vida que quitan á la libertad, ni más ni menos que como le robó de la fábula robó el zorro en

cambio del calor que del pecho del confiado labrador recibía.

¿Servirán de escarmiento, Sres. Diputados, servirán de ejemplar los sucesos de Cádiz, de Málaga, de Jerez? ¡Dios lo quiera! Mucho podemos hacer nosotros; pero más todavía podéis hacer los de enfrente: mucho podéis hacer predicando en vez del *derecho al trabajo*, el *deber del trabajo*, porque el *deber del trabajo* es lo que hay que predicar en todas partes, y más que en todas partes, en nuestra desgraciada patria; y diciendo un día y otro día, y siempre, y constantemente, que no es discutiendo y repartiendo la propiedad de otro como el colono se hace propietario, no; no hay más que un solo camino para que el colono se haga propietario, el bracero colono, el trabajador bracero, y para que los pueblos disfruten bienestar y propiedad: ese camino es el del trabajo, el de la virtud, el de la economía, el del ahorro, y ese es el único camino, lo mismo bajo la forma monárquica, que bajo la forma republicana.

Si todos predicamos esto, habremos salvado la revolución, habremos salvado la libertad, habremos salvado esas masas á las cuales se compromete; pero si en lugar de esto nos ocupamos en halagar los intereses egoístas de las masas; si la inspiramos instintos sanguinarios; si en vez de un *pueblo-rey* hacemos un *pueblo-verdugo*, entonces, señores, sembraremos vientos para recoger tempestades, haremos venir la tiranía de abajo, que es la peor de todas las tiranías, y resultará la pérdida completa de todos los elementos que constituyen la vida de la revolución, que es la vida de la libertad, que es la vida de la patria, que es nuestra propia vida. (*Bien, bien.*)

El Sr. Ministro de la GUERRA (Marqués de los Castillejos): Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. Ministro de la GUERRA (Marqués de los Castillejos): El Sr. Ministro de la Gobernación ha contestado cumplidamente al Sr. Cala, y por lo tanto yo no tengo necesidad de hacerlo. Me haré cargo solamente de la parte militar, es decir, de los cargos que S. S. ha tenido á bien dirigir, como es costumbre en las oposiciones, á las tropas que atacan á los que se sublevan contra las autoridades.

Pero antes, como S. S. ha empezado su discurso haciendo el elogio de los ciudadanos de Jerez, yo me permitiré decir unas palabras sobre este asunto. Nadie más que yo ha reconocido y reconoce los servicios prestados por algunos ciudadanos de Jerez á la causa de la revolución. Pero no hay que confundirlos con las masas sublevadas haciendo barricadas contra las disposiciones de la autoridad, contra los buenos ciudadanos sumisos á las leyes.

Me han lastimado á mí tanto más los acontecimientos de Jerez, cuanto que yo tuve la honra de ser recibido por aquel pueblo de una manera verdaderamente cariñosa y fraternal, y cuando allí mismo, en el balcón de la casa consistorial y estando á mi lado un digno Sr. Diputado que se sienta en los bancos de enfrente, tuve el honor de declarar los buenos servicios que habían prestado algunos ciudadanos de aquel pueblo. Pero ya que reconozca eso, preciso será que el Sr. Cala y sus amigos reconozcan también los servicios, los eminentes servicios que ha prestado á la misma causa de la revolución el alcalde primero actual de aquel ayuntamiento, el Sr. D. Pedro López. Y eso lo sabe ese mismo Sr. Diputado que está enfrente, amigo mío, persona á quien quiero porque ha prestado igualmente eminentes, distinguidos y valientes servicios

Y sabe ese Sr. Diputado, sabe el Sr. Paul que fueron de tal importancia los servicios que prestó el Sr. Lopez, que en momentos muy precisos, en momentos muy críticos, tal vez la revolucion no habria podido arrancar sin los servicios que el Sr. Lopez prestó; hasta tal punto califico yo de importantes los servicios del señor alcalde actual de la villa de Jerez. Yo me complazco en rendirle aquí un tributo de gracias, ya que el Sr. Cala se ha dado el placer de mortificarle. Y dicho esto, voy á ocuparme de la parte militar.

Su señoría reconoce que la tropa que estaba destacada en Jerez se portó bien en el combate; pero al mismo tiempo califica de una manera dura y poco meditada la conducta observada por el que S. S. llama *batallon de Reus*, que es *batallon cazadores de Reus*, uno de los nuevamente creados para ir á defender el territorio y la bandera de España en América y que no habia tenido todavía lugar de embarcarse. Y con este motivo el Sr. Cala dice que se han cometido allí robos, asesinatos, violencias, atrocidades, y que hasta ha habido... no se ha atrevido S. S. á decirlo y ha hecho bien; á S. S. se lo ha contado; se lo ha contado el Sr. Paul, y ya he tenido yo el honor de decir aquí, desde mi asiento, que el Sr. Paul lo habia soñado. ¿De dónde ha sacado S. S. que haya un soldado español, ni allí ni en ninguna parte, ni ahora ni nunca, que se haya atrevido á cometer la barbaridad de enristrar con su bayoneta á un niño de tres años? ¿En dónde ha encontrado eso el Sr. Paul? S. S. lo ha soñado. El Ministro de la Guerra ha tratado de tomar todas las informaciones posibles acerca de los sucesos de Jerez; ha mandado que se hicieran allí las averiguaciones, no solo de los soldados, sino de los paisanos y de las autoridades, y ni uno solo ha dicho que tal hubiese sucedido, ni cosa en sombra parecida.

El mismo capitán general de Andalucía tomó de su propia autoridad, como la tenía, informacion sobre aquellos sucesos; la tomó el jefe militar que fué mandando las tropas que atacaron las barricadas, y aquí están á disposicion de los Sres. Diputados dos documentos, que no leo porque falta luz y apenas veo: un despacho telegráfico, fecha 23, y una comunicacion del capitán general, fecha 22 de Marzo, en que se declara de la manera más terminante que no ha habido nada de esos excesos. Allí ha sucedido, Sres. Diputados, lo que ocurre siempre que hay combate.

Los jerezanos, digo mal, pocos jerezanos habia en las barricadas; la mayor parte de los que allí estaban, como ha dicho ya el Sr. Ministro de la Gobernacion, eran forasteros y gentes en su mayor parte de mal vivir, que fueron los que levantaron las barricadas de Jerez, perturbando al pueblo, perturbando á la provincia y llevando la alarma á toda España. ¿Y encuentra mal el Sr. Cala que las tropas ataquen las barricadas que forman los sublevados sin más razon que la de trastornar el orden público? ¿Quiere S. S. que aquel pueblo quedara á merced de unas turbas violentas? ¿Quiere S. S. que aquel ejemplo se siguiera por los perturbadores de otros pueblos? ¿Pretende el Sr. Cala que hasta tal punto habia de quedar humillado el Gobierno y hasta las mismas Cortes Constituyentes, dejando sin castigo á unos centenares ó á unos miles de frenéticos que se les ocurra levantar barricadas porque sí y porque no, y sin más razon que esa? ¿Y la hay para dirigir esos ataques al ejército español diciendo que ha cometido asesinatos y robos?

¿De dónde ha sacado eso S. S.? Porque ha recibido, dice, cartas de algunos de sus amigos. Y basta eso para

faz de toda Europa y del mundo, porque lo que aquí se dice corre rápidamente las cuatro partes del globo; bastan, digo, esas cartas que S. S. manifiesta le han escrito, quizá los mismos sublevados, para echar ese borron y ese vilipendio sobre el ejército español?

Su señoría quiere justificar lo que ha dicho no encontrando relacion entre las pérdidas que han tenido los atacantes y las que sufrieron los que defendian las barricadas, y compara los muertos y heridos de uno y otro bando. S. S. no encuentra bien la proporcion, no halla que sea regular, y desde luego, de autoridad propia y gratuitamente, deduce que despues del combate se satisficieron los soldados en asesinar á los vencidos. S. S. no sabe, sin duda, lo que se hace en tales casos. Yo no sé si S. S. se habrá encontrado en algun combate ó en la defensa de alguna barricada; pero si se ha hallado en uno ó en otro caso, debe saber que los que defienden un puesto, en el primer período, sufren menos que los que atacan, pero que despues, si son vencidos y se toma la barricada hasta entonces defendida, ¡desgraciados de los que se encuentren en ella, porque casi todos mueren! En el primer período de los que atacan, quedan muchos heridos y muertos, pero en el segundo tienen la desgracia, repito, de morir casi todos los que han defendido valientemente su puesto.

Que se han cometido atropellos dice S. S., y para confirmar su aseveracion ha citado, sin nombrarlo, á uno de nuestros amigos. Y digo de nuestros amigos, porque bien merece el que tal le llamemos el Sr. Pastor; hombre distinguido, consecuente, liberal y de los que con más inteligencia y desprendimiento han servido á la causa de la revolucion.

El Sr. Pastor no fué atropellado; se encontraba en una casa de Jerez, desde cuyas inmediaciones se dispararon tiros contra la tropa; ésta naturalmente forzó la casa: un oficial que iba al frente con revolver y sable en mano, se encontró con que salia de allí un hombre; el Sr. Pastor le dijo: «no soy sublevado, deténgase Vd.» le reconoció en el acto dicho oficial y retiró el sable; pero el señor Pastor, sin embargo, quedó herido en una mano por que fué á coger el sable del oficial. ¿Se puede hacer cargos á los militares porque acosados por todas partes, y disparándose tiros sobre ellos por balcones, por ventanas, por todos sitios, hirieran al ir á penetrar en una casa á quien por desgracia, sin empuñar las armas, tuvo que sufrir las consecuencias?

Para concluir, Sres. Diputados: yo tengo el honor de declarar de la manera más solemne, más positiva y absoluta que las tropas que han atacado las barricadas de Jerez no han hecho más que cumplir con su deber; que se han batido valientemente contra ellas; que despues se han portado como buenas, que despues han sido generosas; porque si no lo hubieran sido, los 600 hombres que hicieron prisioneros en las barricadas no hubieran sido prisioneros sino cadáveres; y que de esos 600 hombres cogidos, no en las casas, como pretende el Sr. Cala, sino en las barricadas, ó huyendo de ellas, muchos de los cuales fueron presos por el piquete de caballería que guardaba las afueras de la poblacion; de esos 600 hombres, digo, todavía el jefe militar hizo una clasificacion de los que por su edad ó otras circunstancias atendibles, creyó no debían seguir la suerte de los demás; pues en cuanto se presentó una persona de la poblacion á garantizar á tal ó cual individuo de los que se hallaban presos, inmediatamente se les puso en libertad; así es que solo 400 fueron los transportados á Ceuta, no á presidio, como ha querido supo-

ser juzgados; porque naturalmente, 400 hombres de la condicion de aquellos, encerrados en Jerez, hubieran mantenido constantemente la agitacion y el desorden, y hubiesen ocasionado mayores males.

Los soldados, pues, del ejército español han cumplido con su deber, con honor y con valentía; esto es lo que resulta de los informes tomados, y esto es lo que el Ministro de la Guerra tiene el honor de declarar ante las Cortes Constituyentes para conocimiento del país.

El Sr. CALA: Habia tomado una coleccion de apuntes para estenderme en la rectificacion de todas las observaciones que han tenido á bien hacer los Sres. Ministros de la Gobernacion y de la Guerra; pero habiendo pedido otros Sres. Diputados la palabra en pró de la interpelacion, ó sobre la interpelacion, quiero dejarles campo abierto para que se ocupen del asunto.

En vez de entrar en un exámen minucioso de lo que ha dicho el Sr. Ministro de la Gobernacion, bástame solo advertir, no replicando sino rectificando, que las diferencias que ha establecido en la realidad de los hechos comparado con lo que yo he dicho, son pequeñas las que existen y equivocadas. Las autoridades, indudablemente le han dado malas noticias: solamente, para concluir, diré que cuando yo decia que el capitán general no habia indicado al comité republicano entre los que trabajaban por el restablecimiento del orden, no queria decir con ello que otros vecinos de la ciudad no lo hacian de la misma manera; al contrario, más de una vez he citado en mi discurso á los concejales, al ayuntamiento, al comité republicano y á otros muchos republicanos que no pertenecian al comité; porque en realidad, como ha dicho el Sr. Ministro de la Gobernacion, no han sido republicanos quienes han tomado parte en los sucesos, sino la gente, sin distincion de color político, impresionada por las circunstancias.

Por lo tanto, es muy sensible que cuando el partido republicano no ha tomado parte en los sucesos, y cuando el comité de este partido se esforzaba y trabajaba á la vista de las autoridades por sofocarlos, ese comité se encuentre en Ceuta.

Solamente tengo que decir esto como rectificacion; lo demás que tenia apuntado lo dejo para que los Sres. Diputados que han pedido la palabra sobre la interpelacion, tengan campo y se ocupen de ello.

El Sr. Ministro de la GOBERNACION (Sagasta): Pido la palabra para decir simplemente en contestacion al Sr. Cala, que yo no he dicho que haya sido el partido republicano quien haya promovido aquellos sucesos; lo que he dicho es que hay dos clases de republicanos, y marcado perfectamente la diferencia entre una y otra clase. Los republicanos, los que se llaman vergonzantemente así, pero que son demagogos, esos son los que han promovido y están promoviendo estas perturbaciones en Andalucía.

Respecto del comité republicano de Jerez, es verdad que dió una allocucion exhortando á aquellas masas á que no perturbaran el orden público; pero tambien es verdad, que una vez emprendida la lucha, algunos individuos del comité republicano fueron presos en donde la lucha tenia lugar, con armas, y en una casa desde la cual se habia hecho fuego á la tropa. Y ¡qué casualidad! Estaban reunidos en una habitacion oscura alrededor de una mesa en donde no habia más que un pedazo de pan. Conste esto, porque no fueron presos los individuos del comité republicano como individuos de tal comité, sino que lo fueron por estar en una casa con armas y municiones, desde la cual, como he dicho antes, se hizo fuego á la tropa: y fueron presos sin saber que se prendia á indivi-

duos del comité, lo cual no lo supieron hasta que los presentaron á la autoridad y fueron reconocidos, con la circunstancia de que los individuos del comité que se estuvieron en sus casas, no sufrieron la menor molestia; tranquilamente viven y seguirán viviendo en Jerez.

El Sr. CALA: Dos palabras solamente diré para rectificar.

El Sr. Ministro de la Gobernacion no conoce bien la disposicion de Jerez; la casa en que fueron presos los individuos del comité republicano se halla lo menos á un cuarto de legua de donde habia fuego y barricadas. Nada más tengo que decir.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusion.»

Se leyeron, y acordó pasar á las comisiones respectivas, las siguientes solicitudes, entregadas por conducto de los Sres. Diputados que á continuacion se expresan:

Una presentada por el Sr. Caro, del ayuntamiento y vecinos de Lora del Rio, pidiendo la abolicion de las quintas y matriculas de mar, la del impuesto personal, la de la esclavitud cubana, el establecimiento de la libertad de cultos y la separacion de la Iglesia del Estado.

Una por el Sr. Sancho, de los vecinos del pueblo de la Conquista, provincia de Cáceres, pidiendo que se decretase la division y repartimiento de la dehesa boyal, único medio de aliviar la suerte desgraciada de dicho pueblo.

Dos por el Sr. Castillo, de un número considerable de personas de ambos sexos, de la ciudad de Sevilla, pidiendo la libertad de cultos con sus lógicas y naturales consecuencias.

Una por el Sr. Benavent, de los contribuyentes del distrito municipal de Envin, pidiendo la abolicion de las quintas y la supresion del impuesto personal, más gravoso que la contribucion de consumos.

Una por el Sr. Gonzalez Marron, del ayuntamiento, cabildo eclesiástico, facultativos y vecinos de Melgar de Fernamental, provincia de Búrgos, solicitando una pension para Doña Inés Sanchez, viuda de D. Miguel del Pozo, profesor de cirugía, muerto de la fiebre tifoidea asistiendo á la enfermos atacados de dicha fiebre en el referido pueblo.

Nueve por el Sr. Joarizti: una de D. Enrique Baltar y Hernando, oficial segundo del cuerpo administrativo del ejército, desde Tarragona, pidiendo justicia contra los perjuicios que en su carrera le irroga la nota de insubordinacion que se ha puesto en un expediente, y que seguramente ha motivado su traslacion al castillo de Peñíscola; otra del ayuntamiento de Hornos, provincia de Jaen, reclamando modificaciones en la retribucion que se observa con los encargados de la enseñanza de los niños en aquella localidad; siete de los vecinos de Tabernas, Villanueva de Valdeorras, de Pedrosa del Duero, del Barco de Valdeorras, Algarinejo, Lobon y Ceclavin, contra las quintas, impuesto personal, pena de muerte y estanco de la sal y del tabaco; otra de Monte Hermoso contra la esclavitud, y otra de los penados de Ceuta, pidiendo rebajas de condenas.

Una por el Sr. Becerra, del ayuntamiento de Páramo, provincia de Lugo, pidiendo que no haya innovacion, por la época avanzada del año, en los impuestos vecinales que tenian repartidos por consumos, eximiéndoles del impuesto personal, y que se suprima á la vez el impuesto sobre sucesiones directas.

Una por el Sr. Pardo Bazan, del ayuntamiento de la villa de Ontigueira, provincia de la Coruña, solicitando